

COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**



# LA SOLTERA REBELDE

Edición de Óscar Barrero

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “La soltera rebelde”:  
Óscar Barrero Pérez.

## LA SOLTERA REBELDE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Esta comedia se estrenó en el Teatro Reina Victoria de Madrid, la noche del 19 de septiembre de 1952, con el siguiente REPARTO:

<i>Guadalupe</i> .....	TINA GASCÓ
<i>Adelaida</i> .....	ROSA LACASA
<i>Mónica</i> .....	JOSEFINA RAGEL
<i>Maty</i> .....	VICTORIA RODRÍGUEZ
<i>Lolita</i> .....	CONCHITA SARABIA
<i>Berta</i> .....	LOLITA GÓMEZ
<i>Esteban</i> .....	CARLOS CASARAVILLA
<i>Don Joaquín</i> .....	MANUEL ARBÓ
<i>Jaime</i> .....	MANUEL ALEJANDRE
<i>Pepito</i> .....	CARLOS SÁNCHEZ

Decorado: EMILIO BURGOS

## ACTO PRIMERO

Saloncito muy confortable y muy alegre en una casa madrileña habitada por gentes de buena posición. Predomina en todo, en muebles y colores, un sentido de lo confortable muy de hoy, pero muy femenino y delicado. Al fondo, un poco hacia la derecha –se entienden, siempre, términos del espectador–, una puerta de dos hojas herméticamente cerrada en el momento de alzarse el telón. A la derecha, dos puertas iguales: una lleva al vestíbulo y la otra conduce a las habitaciones del interior del piso. A la izquierda, formando rotonda con parte del fondo, y un poco avanzado hacia primer término, un gran ventanal apaisado. Debajo del ventanal, siguiendo la curva de la pared, un amplísimo diván cuajado de almohadas y algún sillón. A la derecha, en primer término, dos sillones y una mesita redonda. Hay cuadros, libros y flores. La luz corresponde a la media tarde de un día de octubre.

*(Se hallan en escena Adelaida, Mónica, Maty y Lolita. Adelaida es una distinguidísima señora que lleva con notable éxito su encantador otoño. Es viuda desde hace bastantes años y es la madre de Mónica y Maty. Tiene un perpetuo y graciosísimo aire de estar en la luna. Mónica, que acaba de cumplir los veinte años, es una muchacha cuyo aspecto, la energía de sus ademanes, y una rara firmeza en el tono de su voz le dan una precoz seriedad. Es bonita, desde luego, pero lo disimula todo lo que puede. Lleva el rostro apenas maquillado. Un peinado sencillísimo, sin el menor alarde de coquetería. Estudia en la Universidad. Maty es todo lo contrario; muy femenina, muy despierta. Un poco más joven. A ratos, como se irá viendo, luce un irreprimible desparpajo. También asiste a la Universidad. Pero, francamente, parece que no le importa eso demasiado. Diremos, por último, que Lolita es una doncella de la casa, muy agradable. Al levantarse el telón, las cuatro mujeres, con la más viva angustia reflejada en el semblante, están agrupadas ante la puerta cerrada del fondo, atendiendo a algo que sucede en el interior. Maty, que tiene el oído pegado a la puerta, y a veces mira por el ojo de la cerradura, es la que facilita información a las demás. Las cuatro, por igual, están asustadísimas...)*

ADELAIDA.—¿Qué?

MÓNICA.—¿Qué?

LOLITA.—¿Qué?

MATY.—¡Chiss! Callad...

ADELAIDA.—Pero, ¿qué hace?

MATY.—(*Después de mirar otra vez*) Se ha echado en el sofá y...

TODAS.—¿Qué? ¿Qué?

MATY.—¡Está llorando!

TODAS.—¡Oh!

*(Adelaida, muy nerviosa, comienza a pasear de un lado para otro. Mónica también, pero en sentido inverso. Maty continúa firme en su puesto de espionaje. Lolita queda junto a la pequeña)*

ADELAIDA.—¡Dios mío! ¡Llorando!

MÓNICA.—¡Pobre tía Lupe!

LOLITA.—¡La pobre señorita!

ADELAIDA.—¡Ay! ¡Ay, qué disgusto tan grande! Y precisamente hoy, ien la víspera! Y precisamente a las cinco de la tarde, cuando tengo citados al «maître» del Ritz para ponernos de acuerdo sobre la música que se va a tocar en la iglesia y al organista de la parroquia para ponernos de acuerdo sobre el menú que se va a servir en el Ritz...

MÓNICA.—(*Muy excitada: casi gritando*) ¡Mamá! ¡No empieces a confundirlo todo, que me pongo nerviosísima...

ADELAIDA.—¡Ay, hija mía, es que no sé lo que digo! Pero, Señor, ¿qué mosca le ha picado a mi pobre hermana? Estábamos aquí las dos charlando, cuando, de pronto, vuestra tía se ha echado a llorar, se ha metido en esa habitación dando gritos y ha empezado a romper cosas... (*Transición*) A propósito, ¿cuántas invitaciones se han enviado?

MÓNICA.—Doscientas diez.

ADELAIDA.—(*Muy impresionada*) ¡Qué barbaridad! Calculando que por cada invitación se consideren invitadas cuatro personas, que es lo normal, resulta que serán más de ochocientas... ¡Huy! Eso no es una boda. Es una manifestación. (*Transición*) Mónica, hijita. ¿Por qué hemos invitado a tanta gente?

MÓNICA.—Pero, mamá. Si la lista de invitados la hiciste tú misma...

ADELAIDA.—¿Estás segura?

MÓNICA.—¡Segurísima! Dijiste que la boda de tía Lupe había de ser un acontecimiento...

ADELAIDA.—¿Eso dije?

MÓNICA.—(*Furiosa*) ¡Sí!

ADELAIDA.—(*Muy natural*) No me extraña.

MÓNICA.—(*Casi desesperada*) ¡Oh, mamá! ¡Mamá!

ADELAIDA.—Tengo mis razones, hijita. Todo el mundo creía que mi hermana no se casaría jamás. Ya era para todos la solterona incansable, la parienta provinciana que se moría de soledad y de aburrimiento en nuestra vieja casa de Montalbán. Pero no contaban conmigo, claro. Me empeñé en casarla y mi trabajo me ha costado, pero mañana la caso delante de ochocientas personas. (*Transición*) Porque, después de todo, ochocientas personas se meten en cualquier parte, Mónica. Bien mirado, eso es lo que ahora se llama una fiesta íntima...

*(De pronto, en este momento, suena en la pieza inmediata del fondo el estrépito que produce un objeto que se hace añicos contra el suelo. Adelaida y las muchachas gritan y retroceden al tiempo)*

TODAS.—¡Ay!

ADELAIDA.—(*Aterrada*) ¿Qué ha sido eso?

*(Maty está comprobando, por el ojo de la cerradura, lo sucedido)*

MATY.—La tía Lupe...

TODAS.—(*Con ansiedad*) ¿Qué?

MATY.—¡Se ha cargado el jarroncito chino!

TODAS.—(*Consternadas*) ¡Oh!

ADELAIDA.—(*Con hondo desconsuelo*) ¿El que trajo el abuelito de la guerra de Cuba?

MATY.—(*Contentísima*) Sí, sí, Ese.

ADELAIDA.—¡Qué horror! ¡Un jarrón que era una reliquia histórica!

LOLITA.—¿De veras, señora?

ADELAIDA.—Sí, hija, sí. Como el pobre abuelito era tan patriota, al volver de Cuba quiso traer un recuerdo del país y se compró un jarroncito chino... (*Transición*) Es horrible. Esta hermana mía lo romperá todo. ¡Nos dejará sin casa!

LOLITA.—(*Solícita*) ¿Quiere la señora que prepare una taza de tila para ver si la señorita Lupe se tranquiliza?

ADELAIDA.—Sí, hija. Pero date prisa.

LOLITA.—¡Volando!

*(Sale Lolita. Adelaida continúa paseando de aquí para allá, casi hablando para sí)*

ADELAIDA.—Es la misma, la misma de siempre. No ha cambiado con los años. ¡Dios mío, qué genio! Cuando éramos niñas, ella era el terror del internado. ¡Digo! Pero si todavía la recuerdan las monjitas. *(Transición)* Maty, nena. ¿Por qué estás tan callada? ¿Quieres decirnos lo que hace tu tía Lupe en estos momentos?

MATY.—¡Chiss! Me parece que está hablando sola...

ADELAIDA.—¿Oyes algo?

MATY.—Casi nada. *(Transición)* ¡Ay!

ADELAIDA.—¿Qué?

MATY.—Dice que es muy desgraciada...

ADELAIDA.—¡Oh! *(Indignadísima)* ¡Dice que es muy desgraciada en la víspera de su boda! Pero si cualquier mujer en su caso estaría loca de alegría...

MATY.—Eso digo yo. ¿Cómo estabas tú la víspera de tu boda, mamá?

ADELAIDA.—¿Yo? Tan fresca. *(Nostálgica)* En cambio, ya veis: vuestro padre, que en paz descansa, estaba muy preocupado... Le daban vahídos.

MÓNICA.—Se comprende. ¡Pobre papá!

MATY.—*(Un suspiro)* ¡Ay! ¡Qué poquita cosa son los hombres!

ADELAIDA.—¡Niña! No seas descarada.

*(Entra Berta. Otra doncella, también joven, ataviada como Lolita)*

BERTA.—¡Señora! Acaba de llegar el organista de la parroquia. Dice que le ha llamado la señora... Está en el vestíbulo...

ADELAIDA.—*(Excitadísima)* ¡Déjame en paz!

BERTA.—¡Ay, sí! ¡Sí, señora!

*(Sale Berta, muy de prisa y muy asustada)*

ADELAIDA.—¡El organista! ¿Qué os parece? Para músicas estoy yo en estos momentos...

*(Entra Lolita. Lleva una taza en una bandejita)*

LOLITA.—Aquí está la tila...

MÓNICA.—¿Te atreves a entrar?

ADELAIDA.—¿No tienes miedo?

MATY.—¿Serás capaz?

LOLITA.—Por probar...

ADELAIDA.—Pues anda, hija. ¡Y suerte!

*(Lolita va a la puerta del fondo. Llama suavemente con los nudillos y habla bajito)*

LOLITA.—Señorita, señorita Guadalupe. Soy yo, Lolita.

*(Nadie contesta. Lolita sonríe, empuja una de las hojas de la puerta y entra. La puerta vuelve a cerrarse tras ella)*

ADELAIDA.—*(Con franca admiraci3n)* ¡Qué valiente es esta Lolita!

M3NICA.—*(De pronto)* ¡Mamá!

ADELAIDA.—¡Ay, hija! Me has asustado.

M3NICA.—¿De qué hablabais tía Lupe y t  cuando a ella le dio ese ataque de nervios?

ADELAIDA.—*(Sorprendid sima)* ¿De qué hablábamos? Pues no lo sé. ¡Ah, sí, ya caigo! *(Transici3n)* Hijita: hablábamos de lo natural... Ten en cuenta que yo soy una mujer casada, viuda desde hace años, ¿entiendes? Y vuestra tía, aunque no sea una muchacha, ni mucho menos, la pobrecita es una solterona inocente. Con decirte que era la más virtuosa de Montalbán, y eso que en Montalbán todas las mujeres son muy virtuosas...

M3NICA.—¿Todas?

ADELAIDA.—Todas. La que no lo es se tiene que ir a vivir al pueblo de al lado porque la echan.

M3NICA.—¿Las mujeres?

ADELAIDA.—No, hija. Los hombres... Son muy mirados. *(Un hond simo suspiro)* ¿Comprendes ahora, hijita? Tu pobre tía ha vivido siempre sola en una provincia y, por su carácter, ni siquiera ha tenido un novio... Me pareci3 que mi deber de hermana mayor era prepararla para ciertas experiencias del matrimonio. En fin, pequeñas, hablamos de cosas de las que vosotras no tenéis aún ni la menor idea...

MATY.—*(Tan campante)* ¡Ay, qué graciosa eres, mamá!

ADELAIDA.—*(Con un escalofrío)* ¡Niña!

M3NICA.—*(Muy severa)* ¡Mamá! Si nos hubieras dejado que nosotras se lo explic ramos todo a tía Lupe seguramente lo habríamos hecho con más delicadeza que t ...



MATY.—(*Con mucha naturalidad*) Eso mismo estaba pensando yo.

ADELAIDA.—(*Mirándolas con espanto*) ¿Vosotras? Pero, Dios mío, ¿qué estoy oyendo?

*(En ese momento se oye un ruido de cacharros rotos y, al mismo tiempo, un grito de Lolita. En escena, Adelaida, Mónica y Maty se dan un susto enorme. Gritan)*

LAS TRES.—¡Ay!

*(Se abre súbitamente la puerta del fondo y aparece Lolita, como lanzada. Viene despavorida. Adelaida, Mónica y Maty acuden y la rodean)*

ADELAIDA.—¡Lolita!

MÓNICA.—¿Qué ha pasado?

MATY.—¿Te... ha pegado?

LOLITA.—(*Llorosa*) Pues, al principio, todo iba bien. Hasta parecía más tranquila. (*Se echa a llorar*) Pero, cuando la he dicho que tiene mucha suerte porque se casa mañana, ha soltado un grito, y me ha tirado del pelo...

TODAS.—¡Oh!

LOLITA.—¡Vamos! (*Llorando ya desgarradoramente*) Y todo porque una se mete en lo que no le importa con la mejor voluntad...

*(Sale secándose las lágrimas. Adelaida, Mónica y Maty se miran, consternadas)*

MÓNICA.—¡Pobre Lolita!

MATY.—¡Pobrecita!

ADELAIDA.—(*En un grito*) ¡Basta! Esta situación no puede continuar ni un minuto. Yo misma haré comprender a mi hermana que su actitud es impropia...

MATY.—(*Asustada*) ¡No, mamá!

ADELAIDA.—¡Dejadme! Cumpliré con mi deber...

*(Y con la más firme decisión, empuja la puerta del fondo y entra)*

MÓNICA.—¡No entres!

MATY.—¡Cuidado, mamá!

MÓNICA.—¡Ay, ay, ay!

*(Y las dos, a un tiempo, escapan hacia el fondo. Al llegar, se abre de par en par la puerta y aparece Adelaida, con el semblante muy trastornado. Da la sensación de que le ha ocurrido algo inaudito...)*

MÓNICA y MATY.—¡Mamá!

ADELAIDA.—Es inútil. Está furiosa conmigo. ¡Y me ha dado una bofetada!

MATY y MÓNICA.—¡Oh!

*(En el umbral de la puerta del fondo surge con violencia Guadalupe... Es una mujer de algunos más de treinta años. Lleva un vestido oscuro y recatadísimo. En el rostro, un noble rostro, ahora un poco descompuesto por la irritación que sufre, hay algo hermoso y atractivo. En los ojos le brillan unas lágrimas furiosas e incontenibles. Tiene el peinado deshecho. Grita con coraje entre sollozos...)*

LUPE.—¡Vete!

TODAS.—*(Retrocediendo)* ¡Ayyy!

LUPE.—¡Vete, Adelaida! ¡Vete! No quiero verte. ¿Por qué me has traído a Madrid? ¿Por qué no me has dejado en Montalbán para siempre? ¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué?

ADELAIDA.—*(Muy asustada)* ¡Guadalupe!

LUPE.—¡Calla! ¿Crees que no lo sé? Porque para ti, para tu estúpida frivolidad, es casi un deshonor tener una hermana solterona. Porque, para ti, casar a una pobre provinciana es como un juego de sociedad donde se lucen tu habilidad y tu ingenio. ¿Verdad que es eso? Dilo, Adelaida. Di que el juego ha sido muy divertido... Pero lo que tú no sabes, lo que no sabe nadie, es que yo, ahora, quisiera huir de aquí, desaparecer, morirme...

*(Se deja caer en el diván y golpea furiosamente en los almohadones)*

¡Oh, Dios mío! Yo me quiero morir...

ADELAIDA.—*(Aterrada)* Pero, Guadalupe, querida...

LUPE.—¡Vete! Déjame... No te acerques. ¡Te odio!

ADELAIDA.—¡Oh! Dice que me odia...

MÓNICA.—Vete, mamá. Por favor.

ADELAIDA.—Está bien. Si es necesario... Me iré.

*(Sale, muy ofendida. Un silencio. Guadalupe continúa echada en el sofá, con el rostro oculto, llorando silenciosamente, con rabia. Maty y Mónica, inmóviles, la contemplan sobrecogidas. Hablan muy bajito)*

MÓNICA.—¡Chica! ¡Qué horror!

MATY.—¡Qué genio!

MÓNICA.—¡Es una fiera!

*(Aparece, con muchísima prudencia, Esteban. Es un hombre de unos cuarenta años, o quizá alguno más, de mirada un poco ensimismada y de aspecto muy descuidado. Uno de los escasos bohemios que quedan. Llama desde la puerta...)*

ESTEBAN.—¡Chiss! Buenas tardes. ¿Cómo están ustedes? Permítame que me presente. Yo soy el organista de la parroquia... Estoy esperando en el vestíbulo desde hace un ratito y nadie me hace caso...

*(Mónica y Maty se vuelven hacia él, indignadísimas, imponiéndole silencio)*

MÓNICA y MATY.—¡Chiss!

ESTEBAN.—*(Asustado)* ¡Caramba!

MATY.—¿Quiere usted callarse?

ESTEBAN.—Pero, señorita...

MÓNICA.—¡Largo!

ESTEBAN.—*(Sobrecogido)* Sí, sí, señorita. Con mucho gusto. Esperaré... Caramba, caramba.

*(Y desaparece por donde vino, muy impresionado. Una pausa. Guadalupe, poco a poco, se incorpora, se seca las lágrimas, ve lejos a sus sobrinas, se ruboriza y baja los ojos como avergonzada, en una rara transición de humildad)*

LUPE.—Ya sé lo que estáis pensando vosotras. La tía Lupe es una salvaje... ¿No es eso?

MATY.—¡Oh, no!

MÓNICA.—Mujer... Tanto como una salvaje. *(Amablemente)* Pero si todo lo que ha pasado es muy natural. ¿Verdad, Maty?

MATY.—(*Amabilísima*) ¡Claro! Te has cargado el jarroncito chino porque era una birria. Le has tirado del pelo a Lolita porque siempre se está metiendo en lo que no le importa. Y después le has dado una bofetada a mamá...

MÓNICA.—Bueno. Pero hay muchísima gente que está deseando darle una bofetada a mamá.

MATY.—(*Muy natural*) ¡Claro! Ya lo decía el pobre papá...

*(Otro silencio. Lupe que, entre hosca y avergonzada, ha permanecido con la vista clavada en la alfombra, alza los ojos, tiene como un estremecimiento y mira a las dos muchachas en demanda de auxilio)*

LUPE.—¡Maty! ¡Mónica! Es que tengo miedo...

*(Las dos muchachas corren hacia ella)*

MATY.—¿Qué has dicho?

MÓNICA.—¿Miedo tú?

LUPE.—Tengo muchísimo miedo. (*Con terror*) ¿Qué va a pasar mañana?

MATY.—¿Mañana? Mañana será un día maravilloso para ti. A las doce, llegarás a la parroquia, guapísima, con tu traje de novia, y te harán muchas fotografías. Después te pondrás otro vestido para el almuerzo y te harán más fotografías. Luego, otro traje para el viaje y más fotografías. Y, por fin, al atardecer llegaréis al Escorial, donde tu novio ha reservado una habitación en un hotel de película...

LUPE.—(*Sofocadísima: en un grito*) ¡Calla!

MATY.—(*Huyendo*) ¡Ay!

LUPE.—Calla, por Dios. No sigas.

MATY.—Pero, ¿por qué?

LUPE.—(*Ruborosa: angustiadísima*) Porque me da mucha vergüenza...

MÓNICA.—(*Atónita*) ¡Anda! ¿Qué es lo que te da vergüenza?

LUPE.—(*Sin mirarlas: muy bajo*) Lo del Escorial...

MÓNICA y MATY.—(*Se miran estupefactas*) ¡Oh!

*(Lupe vuelve a llorar sin consuelo y se abandona otra vez sobre el diván. Las dos chicas se miran entre sí y no dan crédito a lo que han oído)*

MÓNICA.—(*Boquiabierta*) ¿Ha dicho que le da vergüenza?

MATY.—(*Igual*) Sí, sí. Lo ha dicho.

MÓNICA.—Entonces, es que en esta boda se han cambiado los papeles...

MATY.—Eso creo yo...

(*Las dos, muy maternales, se acercan a su tía y le dan cachetitos en la espalda*)

MÓNICA.—Vamos, vamos, tía Lupe. Mujer...

MATY.—¡Querida tía Lupe! Ea, ea...

LUPE.—(*Avergonzada*) Soy una pobre mujer, ¿verdad? Todo esto a vosotras os parece ridículo y absurdo. Ya lo sé... En una solterona como yo, ¡quién iba a pensarlo! Yo debería estar esta tarde muy contenta y orgullosa porque al fin me caso mañana. Pero no puedo, no puedo. Este miedo es algo más fuerte que yo misma...

(*De pronto, alza la cabeza y se queda mirando a Mónica con anhelo*)

¡Mónica! ¿Qué sientes tú cuando un hombre te coge una mano?

MÓNICA.—(*Extrañada*) ¿Yo?

LUPE.—¡Sí!

MÓNICA.—Pues... nada. Ni frío ni calor.

LUPE.—¡Oh, Mónica!

MÓNICA.—A mí, los hombres me tienen sin cuidado. ¿Comprendes? Yo soy una intelectual.

MATY.—(*Sonríe encantada*) Pues a mí, me gustan.

MÓNICA.—Ya, ya. Se te nota.

MATY.—(*Como una disculpa*) Claro que yo soy muy coqueta...

MÓNICA.—También se te nota.

MATY.—(*Dichosísima*) Me encanta que los muchachos me cojan una mano y me la tengan así un ratito. ¡Ay! Ya lo creo que me gusta. Y si el chico es de los que tienen los ojos negros, me entra como un sobresalto y hasta me pongo colorada y todo. Me da mucha rabia, pero no lo puedo disimular... (*Muy cariñosa*) Di, tía Lupe. ¿Te ocurre a ti lo mismo?

LUPE.—(*Un silencio. Mirándola despacio*) No, chiquilla...

MATY.—¿De veras?

LUPE.—Yo no conozco esa felicidad. Lo he sospechado siempre... Pero desde anoche estoy segura.

MÓNICA.—¿Qué pasó anoche?

(Lupe mira a las dos, llena de confusión, y se va ruborizando poco a poco mientras habla)

LUPE.—Anoche fui con Joaquín al cine, como todas las noches. Hacían una película neorrealista de esas que pasa lo mismo que pasa en la vida y, claro, me quedé dormida en seguida... Como Joaquín es tan atento, tan delicado, quiso traerme a casa inmediatamente. Tomamos un taxi. Y, de pronto, sin que yo me diera cuenta de cómo se las arregló, me encontré con que me tenía así, cogida de la cintura...

MÓNICA.—¡Oh!

MATY.—(*Experta*) Es que los muy granujas se dan unas mañas...

LUPE.—Y entonces... (*Se calla*).

MÓNICA.—¿Qué?

LUPE.—Entonces... me besó. (*Un sollozo*) Creí que me volvía loca. Como tengo este genio... Me puse furiosa. Grité. Le di muchas bofetadas... Hasta creo que le arañé un poco.

MATY.—¡Qué barbaridad!

MÓNICA.—¡Dios mío! ¿Y qué diría el chófer?

LUPE.—(*Muy indignada*) Se puso de su parte. Era un sinvergüenza. También le di una bofetada...

MÓNICA.—¡Oh!

LUPE.—Después vino un guardia. Y, por faltar a las buenas costumbres, quería poner una multa...

MÓNICA.—¿A tu novio?

LUPE.—No, no. A mí... (*Resignada*) El guardia creía que era yo la que se quería aprovechar. Por lo visto, es lo corriente.

MATY.—(*Con santa indignación*) Pero, tía Lupe, ¿es que nunca te han besado en un taxi?

LUPE.—¡Jamás!

MATY.—(*Con enorme asombro*) ¡Qué caso!

LUPE.—(*Humildemente*) Maty... Ten en cuenta que hasta hace tres meses he vivido en una provincia.

MATY.—(*Escéptica*) ¿Es que en provincias los hombres son más tímidos que en Madrid?

LUPE.—No es eso. Es que hay menos taxis...

MATY.—¡Ah, bueno!

LUPE.—Aquello es tan distinto... (*Transición. Sonríe. Evoca, para sí misma, con una tierna nostalgia*) Vosotras, chiquillas, no podéis comprenderlo. Montalbán es una ciudad insignificante que apenas tiene ochenta mil habitantes. Nuestra

casa, la vieja casa de nuestra familia, que vosotras ni siquiera conocéis, está en la plaza, en una plaza pequeñita y silenciosa, frente a la catedral y al lado de un convento de monjas. *(Sonríe)* ¡Da gloria! Siempre se oyen campanas... De la Catedral o de las monjitas. Por las mañanas, si se mira desde el balcón de mi cuarto, parece que en el huerto de las monjas se ha parado una bandada de palomas. Son ellas, las monjitas que cuidan sus flores... Toda mi vida se ha quedado allí, como se quedó la de mamá y la de la abuelita. Allí están mis risas, mis llantos, mis pensamientos, mis imaginaciones. ¡Mi soledad!

MÓNICA.—*(Conmovida)* ¿Siempre sola, tía Lupe?

LUPE.—¡Siempre! Nuestros padres murieron pronto y vuestra madre se casó aquí apenas salimos del internado. *(Sonríe)* Porque tu madre era tan coqueta como tú, Maty.

MATY.—Lo creo... Todo el mundo dice que mamá ha salido a mí.

LUPE.—Yo, no... Yo era una niña rebelde y huraña. Rehuía los mimos y las zalamerías... Aún recuerdo el horror que me inspiraban los besos de don Fabián, el administrador: tan bueno, tan viejecito, tan leal. Para mí, los besos don Fabián, con sus dientes rotos y sus barbas sucias, eran un suplicio atroz. Tenía que esconderme para llorar. A veces, me refugiaba en el último rincón de la casa para que no me encontrara don Fabián y no pudiera besarme... Tanta repugnancia me daba. *(Con ternura)* Pobrecito, pobrecito don Fabián... *(Un levísimo silencio)* Después, poco a poco, empezó a hablar la gente de mi mal carácter, de este genio mío, qué sé yo. Yo no me daba cuenta de nada. Solo sé que se fueron pasando los días uno tras otro, todos iguales. *(Baja la cabeza)* Y la juventud...

MATY.—¡No lo entiendo! ¿Es que los muchachos de Montalbán no te hacían la corte?

LUPE.—*(Sonríe con suave melancolía)* No, Maty... En Montalbán, los muchachos de nuestra clase vienen a estudiar a Madrid, y cuando se hacen hombres ya no vuelven a Montalbán. Los otros, los que no eran de nuestra clase, no se atrevían a hacerle el amor a la señorita Guadalupe. Era demasiado para ellos. Además, ya era yo una solterona de mal genio de la que todos se burlaban un poquito...

*(Las dos muchachas se enternecen y, suavemente, se estrechan más junto a ella)*

MÓNICA.—¡Oh, tía Lupe!

MATY.—¡Pobrecita tía Lupe!

LUPE.—(*Se seca una lágrima*) Bueno... Realmente, yo casi era feliz con mi soledad, con mis manías, con mis sueños, porque también tenía sueños, ¿comprendéis? Esos sueños de las solteras, tan maravillosos y tan inútiles. ¿Sabéis vosotras lo que es, por la noche, al acostarse, cerrar los ojos y vivir con la imaginación todo lo que no se ha podido vivir durante el día? Entonces todas las palabras hermosas, felicidad, amor, hijos, brillan en la sombra como estrellas. Por eso vine cuando me llamó vuestra madre. Porque me llamaba con esas mismas palabras... Cedí como cuando éramos niñas y me tenía sometida a su voluntad... Pero, anoche supe qué distinto es el amor que sueña una soltera en Montalbán del otro amor, del verdadero amor.. (*Transición. Excitándose, angustiada, mientras habla*) Y no puedo, ¿sabes, Mónica? ¡No puedo, Maty! Os lo juro. Anoche, cuando Joaquín me besó, si grité y le pegué y le arañé no fue por pudor, sino porque en él, en aquel momento, estaba viendo al mismo don Fabián, tan feo y tan viejo, con sus barbas sucias. Y volví a sentir la misma repugnancia que sentía cuando era una niña. ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Me volvería loca! Y lo más horrible de todo es que me voy a casar mañana...

*(Esconde la cabeza entre las manos y llora. Las muchachas se miran. Un silencio que solo cortan los ahogados gemidos de Lupe)*

MÓNICA.—Bien... Ya está todo claro.

MATY.—¿Tú crees?

MATY.—¡Sí! Estamos ante un complejo.

LUPE.—(*Asustada*) ¿Qué es eso, Mónica?

MÓNICA.—Sería muy largo de explicar. Pero el caso es que tú eres víctima de un complejo. Y de los buenos. (*Muy intelectual*) De este complejo debe de haber antecedentes en Freud, pero no estoy segura. Claro que eso es lo de menos porque todo el mundo habla de Freud y no lo ha leído nadie...

LUPE.—(*Con ansiedad*) Di, Mónica. ¿Y esto es grave?

MÓNICA.—¡Gravísimo!

LUPE.—¡Oh!

MÓNICA.—Pero no eres tú sola, tía Lupe. Hay muchas mujeres que padecen este complejo...

MATY.—Pues es una gaita.

MÓNICA.—(*Indignadísima*) La culpa de todo la tiene el maldito de don Fabián de las barbas...

LUPE.—Mujer... Si don Fabián murió hace treinta años, ¿cómo puede tener él la culpa de nada?



MÓNICA.—(*Muy sabia*) Tía Lupe: no seas inocente. Ese horror que te inspiró anoche un beso de tu novio no es más que la continuación inconsciente de la repugnancia que te producían los besos de aquel viejo estúpido...

LUPE.—(*Extrañadísima*) ¿Eso... es posible?

MÓNICA.—¡Sí! Estoy segura.

LUPE.—¡Ah! (*Absorta*) ¿Y tú crees que me sucedería igual si me besara otro hombre que no fuera Joaquín?

MÓNICA.—¡Quién sabe! Como hasta ahora no te ha besado nadie más que él...

LUPE.—Pero yo necesito saberlo...

MÓNICA.—Si te vas a casar mañana. No hay tiempo para nada...

LUPE.—(*Obstinada en su idea*) ¡No! ¡No! ¡No! ¡Yo quiero saberlo ahora mismo! ¡Ahora mismo!

*(Asoma cautamente, prudentísimo, en una puerta, como antes, Esteban)*

ESTEBAN.—¿Se... se puede?

*(Las tres gritan al tiempo y se vuelven)*

LAS TRES.—¡Ayyy!

ESTEBAN.—¡Caramba! ¿Se... se han asustados ustedes? Lo siento. Lo siento mucho... (*Muy cortés y muy amable*) Me permito recordarles que soy el organista de la parroquia. El señor cura párroco me dijo que debería venir para ponerme de acuerdo con la señora de la casa sobre la música que he de tocar mañana en la ceremonia de la boda. La señora, al parecer, no quiere un programa vulgar. Pero la verdad es que llevo un buen rato en el vestíbulo y me parece que se han olvidado de mí...

*(Lupe, desde que entró Esteban, no ha dejado de mirarle con una rara fijeza. Mónica observa a tu tía, alarmadísima. Muy bajo:)*

MÓNICA.—¡Tía Lupe! No me asustes. ¿Qué es lo que estás pensando?

MATY.—¡Ay, Dios!

*(Él, bastante confuso por la mirada de Lupe, comienza a darle vueltas al sombrero que tiene entre las manos)*

ESTEBAN.—¡Je! ¿Es usted...? ¿Es usted la novia? ¿Sí? La felicito. (*Sonríe*) Ya, ya nos conocíamos. Bueno, usted a mí, no, desde luego. Yo, a usted, sí. Desde hace algún tiempo la veo a usted en la misa de nueve de la parroquia. Siempre va usted sola, y todos los días se pone en el mismo rincón: junto al altar de san Pablo. Parece como si se escondiera. Pero hace usted bien. Es el rincón más fresco de la iglesia y huele a gloria, porque el altar de san Pablo, no sé por qué, siempre está lleno de claveles. ¡Je! ¡Señorita! ¿Qué le parecería a usted si durante toda la ceremonia de su boda yo tocara en el órgano música de Mozart? ¡Oh! Cuando en el silencio de una iglesia suena el órgano con música de Mozart parece que la iglesia entera es como un anticipo de lo que uno imagina que puede ser el cielo. Verá usted. Cuando usted, en el altar, diga en voz alta: «Sí, quiero», yo, arriba, en el órgano, tocaré el «Aleluya»...

LUPE.—Por favor... ¿Quiere usted darme un beso?

*(Estupor, Esteban se queda atónito y las dos muchachas pegan un grito)*

MATY y MÓNICA.—¡Ayyy!

MÓNICA.—¡Tía Lupe!

ESTEBAN.—¡Señorita! ¿Ha dicho usted que la dé un beso? (*A las chicas*) ¿He oído bien?

MATY.—Sí, señor. Es para un experimento...

ESTEBAN.—¡Qué barbaridad! Pero, señorita. ¿De verdad es usted la novia que se casa mañana?

LUPE.—(*Roja de rubor. Casi llorando*) ¡Deme usted un beso, por favor!

MATY.—Ande, hombre. No se haga de rogar...

ESTEBAN.—Sí, señorita. Con mucho gusto... (*Se vuelve hacia Mónica y Maty, muy fino*) Con permiso.

*(Y da unos pasos hacia Lupe. Ella espera y al verle cerca grita y retrocede. Él se detiene en seco)*

LUPE.—¡No!

MATY.—¡Oh, tía!

MÓNICA.—¡Tía Lupe!

LUPE.—(*Horrorizada*) ¡Váyase! ¡Quítese de mi vista! ¡Fuera de aquí!

*(Huye sin mirarle y se refugia de nuevo en el diván, con la cara oculta entre las manos. Las dos muchachas se vuelven hacia Esteban, indignadísimas)*

MÓNICA.—¡Váyase pronto!

MATY.—¡Hala! ¿Quiere usted marcharse de una vez?

ESTEBAN.—Sí, señoritas. Me voy. Me voy en seguida. ¡Qué barbaridad! Pero qué barbaridad...

*(Y sale, muy trastornado. Mónica y Maty corren hacia el diván y acosan a su tía con ansiedad)*

MÓNICA.—¡Tía Lupe! ¿Cómo te has atrevido?

LUPE.—Es que estaba desesperada.

MÓNICA.—¿Y qué?

MATY.—¿Te pareció que veías otra vez a don Fabián?

LUPE.—*(Con desconsuelo)* ¡No lo sé!

MATY y MÓNICA.—¡Oh!

LUPE.—No lo sé, porque cuando iba a besarme creí que me moría de vergüenza, y por eso he echado a correr...

MÓNICA.—¡Oh!

MATY.—Pero, tía...

*(Entra Lolita)*

LOLITA.—¡Señorita Guadalupe! Acaba de llegar el novio de la señorita con sus hijos...

TODAS.—¡Oh!

LUPE.—¡No! *(Gritando)* Ahora no podría verle. ¡Por favor!

MÓNICA.—Descuida, tía Lupe. Nosotras le entretendremos. Ven, Maty.

MATY.—Vamos, sí...

*(Salen las dos con Lolita. Lupe, sola. Inmediatamente, se oyen fuera las voces jubilosas de Pepito y Jaime, que llaman)*

PEPITO.—*(Dentro)* ¡Lupe! ¡Lupe!

JAIME.—*(Dentro)* ¡Lupe! ¿Dónde estás?

*(Irrumpen en escena Jaime y Pepito. Vienen muy alborozados. Pepito tiene unos veinte años, quizá, y Jaime no pasa de los veintidós. Son dos chicos muy de hoy, pero perfectamente diferenciados entre sí. Jaime tiene todo el aire de un universitario estudiosísimo y, como tal, hay en él cierto vago y juvenil ensimismamiento. Lleva gafas. Pepito, por el contrario, es un muchacho agilísimo, despierto, de gestos y ademanes muy deportivos. Entran corriendo y se sitúan uno a cada lado de Lupe. Hablan los dos, muy contentos, inmediatamente el uno detrás del otro, sin esperar a que Lupe conteste)*

PEPITO.—¡Hola! ¡Hola!

JAIME.—¡Lupe! ¡Chica! *(Dichosísimo)* ¿Te das cuenta de que ya faltan muy pocas horas para que podamos llamarte mamá?

PEPITO.—Mamá, mamaíta, mamuchi, mamy... ¿Eh?

JAIME.—¡Mamá! ¡Mamaíta rica!

PEPITO.—¡Eso, eso! ¡Huy! ¡Mi mamá!

*(Se ríen los dos, divertidísimos, en el colmo de la felicidad. Lupe los mira a uno y a otro, ensimismada, sin oírlos)*

JAIME.—¡Chica! No sabes lo contentos que estamos. Porque mira que a este y a mí nos ha costado trabajo casar a papá.

PEPITO.—¡Uf! No quieras saber. Y cuidado que papá, no es porque sea papá, pero es un buen partido. Pues como si no, chica. Para las mujeres, fatal.

JAIME.—Lo que pasa. Que papá es demasiado decente. Y las mujeres ahora están por los hombres más fáciles...

PEPITO.—Te digo, Lupe, que no es porque sea nuestro padre, pero te llevas una alhaja. *(Entusiasmado)* Porque mira que papá es inocente...

JAIME.—¡Huy! Es un niño.

PEPITO.—¡Es un ángel de Dios!

JAIME.—¡Es un mirlo!

PEPITO.—¡Eso! ¡Eso es lo que es papá! ¡Un mirlo!

*(Se ríen los dos con toda su alma. Son dichosísimos. Lupe, que no ha oído ni una sola palabra, clava de pronto sus ojos en el uno y en el otro)*

LUPE.—Jaime, Pepito.

(Se corta en seco la risa de los muchachos)

JAIME.—(*Impresionado*) ¡Ay! ¡Qué?

PEPITO.—¡Lupe!

LUPE.—(*Con el alma*) ¡No me caso!

(Jaime y Pepito casi brincan)

JAIME y PEPITO.—(*Al tiempo*) ¿Cómo?

PEPITO.—¡Lupe!

JAIME.—¿Qué has dicho?

LUPE.—¡He dicho que no me caso!

JAIME.—Pero... Lupe... (*Balbuente*) ¿Dices que no vas a casarte con papá?

LUPE.—¡No! ¡No me caso! ¡No me caso!

JAIME.—Pero... Eso sería horrible, horrible.

PEPITO.—¡No sabes lo que dices!

JAIME.—¿Es que te has vuelto loca?

LUPE.—(*Obstinada*) ¡No me caso! ¡No me caso!

JAIME.—(*Gritando. Soliviantadísimo*) ¡Papá! ¡Papá! ¿Dónde estás? Oye, papá...

(Y sale corriendo. Quedan Lupe y Pepito)

PEPITO.—¡Lupe! ¿Quieres decirme por qué no quieres casarte con papá?

LUPE.—¡No me preguntes! Por Dios, no me preguntes...

(Corre hacia el fondo. Sale)

PEPITO.—(*Estupefacto*) ¡Lupe! ¡Lupe! Escucha... Oye, Lupe.

(Entran, con el susto pintado en los semblantes, Adelaida, Mónica y Maty)

ADELAIDA.—¿Eso ha dicho?

MÓNICA.—¿Lo has oído tú, Pepito?

MATY.—¿Ha dicho que no se casa?

PEPITO.—¡Sí!

MATY.—¡Ay! (*Llamando*) ¡Tía! ¡Tía Lupe!

*(Sale por el fondo. Quedan en escena Adelaida, Mónica y Pepito. Los tres están muy nerviosos. Pepito, desesperado, va de un lado a otro de la habitación)*

PEPITO.—¡Lo ha dicho! ¡Lo ha dicho! ¡Huy!

MÓNICA.—¡Pepito!

PEPITO.—¡Huy, qué nervioso me estoy poniendo!

MÓNICA.—Pepito, por Dios.

PEPITO.—¡Huy!

ADELAIDA.—*(Sin dar crédito a lo que ocurre)* ¿Que no se casa? Pero, ¿cómo puede hacerme a mí esto? A mí, que desde hace tres meses lo he abandonado todo para dedicarme a casarla. He dejado la Junta de Protección de Menores, la Cruz Roja y hasta lo de las Misiones, que no sé cómo se las estarán arreglando en la India sin mí... ¡Y ahora, en la víspera de su boda, dice que no se casa! ¡Ah, no! Eso es imposible. ¡Imposible!

PEPITO.—Sí, señora. ¡Imposible! *(Muy digno)* ¡No se le puede hacer este feo a papá!

ADELAIDA.—*(Lógica)* Eso sería lo de menos, hijito.

PEPITO.—*(Furioso)* ¿Qué dice usted, señora?

ADELAIDA.—Lo que no se puede hacer es suspender una boda después de haber enviado doscientas invitaciones a lo mejor de Madrid. *(Casi llorando)* Dios mío, pero si van a venir hasta de Portugal, de esos que están en el exilio y solo vienen a España cuando hay una fiesta importante...

PEPITO.—*(Indignado)* ¡Adelaida! ¡Huy! ¡Huy, qué nervioso estoy!

ADELAIDA.—¡Pepito! No me chilles, que te doy un cachete.

*(Asoma Jaime, desolado, y llama desde la puerta)*

JAIME.—¡Chiss! Pepito, ven corriendo. Papá...

TODOS.—¿Qué?

JAIME.—Pues que cuando le he dicho lo que pasa le ha dado como un mareo...

TODOS.—¡Oh!

PEPITO.—¡Papá! ¡Papá!

*(Salen apresurados Jaime y Pepito. Las dos mujeres quedan consternadas)*

MÓNICA.—¡Oh! ¡El pobre don Joaquín!

ADELAIDA.—Pobrecito, pobrecito.

*(Acuden las dos a la puerta en el momento en que aparece don Joaquín, solícitamente atendido por Pepito y Jaime. Don Joaquín viene secándose el sudor con un pañuelo. Es un señor de algo más de cincuenta años, con un aire de bondad extraordinario)*

TODOS.—¡Oh!

ADELAIDA.—¡Joaquín! Pobrecito...

MÓNICA.—Pobre señor. *(Muy maternal)* Ea, ea, ea, don Joaquín...

*(Pepito y Jaime se abrazan a su padre, conmovidísimos)*

JAIME.—¡Papá!

PEPITO.—¡Papá!

JAIME.—*(Dolorosamente)* Ahora que ya te veíamos casado y hecho un hombre...

JOAQUÍN.—Calla, hijo. Si es que tengo un sino...

PEPITO.—¿Se puede hacer esto con un hombre como tú? ¿Eh? ¿Se puede?

JOAQUÍN.—Hombre, Pepito, no lo tomes tan a pecho. Si esto es muy natural. Si es que yo no tengo ángel con las mujeres. Si ya se sabe. Lo que pasa es que a vosotros os ciega la pasión y os empeñáis en casarme; y yo, por no llevaros la contraria... Pero, sí, sí.

PEPITO.—*(Indignado)* Pero, papá. *(En jarras)* ¿Se puede saber qué las das? Es decir: ¿qué es lo que no las das?

JOAQUÍN.—Anda, este. ¡Qué más quisiera yo saber!

*(Adelaida y Mónica han oído el diálogo anterior asombradísimas)*

ADELAIDA.—¡Pobre señor! ¿Es que encima le van a regañar?

MÓNICA.—*(Atónita)* Ya, ya... Es fantástico.

*(Aparece Maty)*

MATY.—¡Mamá! ¡Mamá! Tía Lupe está nerviosísima. Ya ha empezado a romper cosas. Y me parece que, de un momento a otro, se va a cargar el espejo grande...

*(Maty sale corriendo)*

ADELAIDA.—(*Un grito*) ¡No! ¡Eso sí que no! ¡El espejo grande, no! Un espejo que es una joya. Un espejo que tiene tantos recuerdos...

MÓNICA.—(*Muy excitada. Chillando*) ¡Mamá! No digas mentiras. ¿Qué recuerdos puede tener ese espejo si lo compraste hace un año en el Rastro?

ADELAIDA.—¡Mónica! (*Con mucha dignidad*) Si ese espejo no tiene recuerdos nuestros, los tiene seguramente de sus antiguos propietarios. (*Transición. Con angustia*) ¡Mónica! Ve con la tía Lupe. No la dejes sola. Dile que sea razonable... Y, por Dios, que no rompa nada.

(*Sale por el fondo Mónica. A un lado queda don Joaquín con sus hijos. Al otro, sola, Adelaida*)

ADELAIDA.—¡Qué catástrofe! Si tenía que ocurrir algo. Si estaba como loca...

(*Aparece Lolita*)

LOLITA.—¡Señora! Lllaman del hotel Ritz a la señora... Dicen que necesitan saber cuántos invitados serán para el almuerzo.

ADELAIDA.—¡Oh! Eso además... El hotel Ritz. Y ese organista que está esperando en el vestíbulo. Y todo preparado. ¿Cómo les digo yo que la boda se suspende porque la novia no se quiere casar? Pero si no se lo va a creer nadie...

(*Sale con la doncella. Quedan solos, sentados en el diván, don Joaquín, Pepito y Jaime. Los muchachos están amilanadísimos. Don Joaquín los contempla con mucha lástima*)

JOAQUÍN.—(*Muy comprensivo*) ¡Pobres hijos míos! ¡Qué mal rato debéis de estar pasando!

(*Se abre la puerta del fondo y aparece Lupe, en silencio. Se queda allí, con la espalda apoyada en una jamba, la cabeza baja y los ojos en el suelo*)

LOS TRES.—¡Oh!

(*Don Joaquín ha mirado largamente a Lupe, sin moverse de su sitio... Sonríe*)

JOAQUÍN.—Por favor, hijos míos. Necesito hablar con Guadalupe un momento...



JAIME.—Sí, papá.

PEPITO.—Como tú quieras, papá.

*(Y salen los dos, lanzando una rencorosísima mirada a Guadalupe. Quedan solos ella y don Joaquín. Lupe sigue inmóvil en el fondo. Él también, en su sitio. Se hablan sin mirarse)*

JOAQUÍN.—*(Suave. Despacio)* ¿No quieres casarte conmigo mañana, Guadalupe?

LUPE.—No, Joaquín. *(Bajo)* ¿Me perdonas?

JOAQUÍN.—¡Oh! ¿Qué voy a perdonarte, querida? Estás en tu derecho. Claro que, eso sí, yo me había hecho ilusiones, ¿comprendes? Y luego, los chicos: como desde que me quedé viudo tienen ese empeño en casarme... Pero todo eso no importa nada. De verdad. *(Un silencio. Muy tímido)* Lupe... ¿Es que soy demasiado viejo?

LUPE.—No, no es eso.

JOAQUÍN.—¡Ah! Entonces, ya sé. *(Con risueña melancolía)* Soy un infeliz.

LUPE.—No me preguntes más... Te lo suplico.

JOAQUÍN.—Bien, bien... *(Un silencio)* Dejemos que pase un poco de tiempo. Esperaré. No quiero perder todavía la esperanza. Estoy seguro de que si fuera otro diferente del que soy no me rechazarías. Soy demasiado pobre hombre... Eso es todo. Voy a intentar cambiar... Después de todo, no creo que sea muy difícil. Porque hay algo que no te he dicho, Guadalupe. *(Sonríe)* Ya ves tú: por las apariencias, esta es una boda preparada por tu hermana, que está empeñada en que te cases, y por mis hijos, que tienen la misma manía conmigo. Pero dentro de todo esto hay otra verdad... *(Sonríe)* Me he acostumbrado a ti, Lupe. Me gustas mucho. Me gusta tu carácter, tu violencia, tu mal genio... Me gusta esa ternura tuya, tan escondida, casi salvaje. *(Baja la cabeza con humildad y sonrío)* Yo te quiero, Guadalupe.

LUPE.—Ya lo sabía, Joaquín...

JOAQUÍN.—¿Lo sabías?

LUPE.—¡Sí!

JOAQUÍN.—Entonces... Bueno: ya te digo que esperaré. Buenas tardes, Guadalupe.

LUPE.—Buenas tardes, Joaquín.

*(Silenciosamente, sale Joaquín. Queda sola Guadalupe. Avanza despacio, sin levantar los ojos del suelo. Llega junto al diván y se deja caer de rodillas en la alfombra, como si fuera a rezar. De codos sobre el diván, llora en silencio, para sí misma. Una pausa)*

*casi imperceptible. Asoma Esteban. Sin ruido, casi de puntillas, llega junto a ella, que no le siente...)*

ESTEBAN.—Señorita...

LUPE.—¿Qué...? ¿Qué quiere usted?

ESTEBAN.—(*Sonríe*) ¡Je! ¿De verdad, de verdad no quiere usted que la dé un beso?

LUPE.—¡No!

ESTEBAN.—¡Oh! (*La mira y sonríe*) ¡Qué lástima! (*Dulcemente, muy bajo*) Bueno... Volveré.

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

El mismo decorado del acto anterior. Unos días después, al anochecer.

*(En escena, Adelaida sentada en un sillón y acomodada entre numerosos almohadones. Entra Lolita en seguida)*

LOLITA.—¿Ha llamado la señora?

ADELAIDA.—Sí, Lolita. ¿Qué hora es?

LOLITA.—Las ocho y media...

*(Lolita enciende una pantalla colocada junto al sillón donde descansa Adelaida)*

ADELAIDA.—Me duele la cabeza... Dame otra tableta.

LOLITA.—¿Qué tableta quiere la señora?

ADELAIDA.—Me da igual. Pero prefiero las de color de rosa. Son las más bonitas...

LOLITA.—Sí, señora.

*(Sale y vuelve al instante con una bandejita, en la que lleva la tableta y un vaso de agua. Se la sirve)*

ADELAIDA.—¿Siguen llamando por teléfono?

LOLITA.—¡Huy! Sí, señora. A todas horas... Todo el mundo quiere saber por qué no se ha casado la señorita Guadalupe...

ADELAIDA.—¡Miserables! Lo que quieren es enterarse de todo para reírse de mí a gusto...

LOLITA.—Yo a todos les contesto lo mismo: ¡Que la señora está en el campo!

ADELAIDA.—Muy bien hecho. ¿Se lo creen?

LOLITA.—No, señora. Ninguno.

ADELAIDA.—¡Qué cinismo!

LOLITA.—¿Desea algo más la señora?

ADELAIDA.—Nada, hija.

LOLITA.—Con permiso...

*(Sale Lolita. Queda Adelaida sola. Inmediatamente entra Mónica)*

MÓNICA.—Hola, mamá.

ADELAIDA.—Hola, hijita. ¿De dónde vienes?

MÓNICA.—Del Ateneo.<sup>1</sup>

ADELAIDA.—¿Había algún baile?

MÓNICA.—¡Mamá! (*Indignada*) ¡Un baile en el Ateneo? No sabes lo que dices...

ADELAIDA.—Mira, hijita. No me gusta que vayas tanto al Ateneo. ¡Ea! Me acuerdo muy bien de lo que pasó con tu padre. En los últimos tiempos de la Monarquía le dio por ir al Ateneo, y un día lo metieron en la cárcel. Después, cuando vino la República, como era tan tozudo, siguió yendo al Ateneo y, claro, lo volvieron a meter en la cárcel. Y estoy segurísima de que todo, todo fue por ir tanto al Ateneo. ¿Me entiendes?

MÓNICA.—Vamos, mamá. (*Muy superior*) Ahora es muy distinto. Hoy hemos tenido un conferenciante extraordinario... Un hombre maravilloso. ¡Si le hubieras oído, mamá!

ADELAIDA.—¿De veras?

MÓNICA.—¡Era un escritor francés existencialista!

ADELAIDA.—¡Ah!

MÓNICA.—Mira. Me ha firmado la invitación de la conferencia y me ha dedicado esta fotografía...

ADELAIDA.—A ver, a ver... (*Toma la fotografía y la contempla enternecida*) ¡Pobre muchacho! ¡Qué mal vestidito va! Y qué barbas... ¿Le has dado algún dinero?

MÓNICA.—(*Indignada*) Pero ¿qué dices, mamá? ¡Si este hombre gana un dineral con sus libros!

ADELAIDA.—(*Atónita*) ¿Es posible?

MÓNICA.—¡Naturalmente! ¿Qué habías creído? Para ser existencialista hay que ser, por lo menos, hijo de familia rica. Los pobres no tienen dinero para vestir mal.

ADELAIDA.—¡Caramba! ¿Eso es posible?

MÓNICA.—¡Claro!

ADELAIDA.—(*Asombradísima*) ¿Y de qué ha hablado este señor?

MÓNICA.—(*Muy solemne*) De la angustia de Europa...

ADELAIDA.—¡Jesús! ¿De qué has dicho?

MÓNICA.—De la angustia de Europa...

---

1 *Ateneo*: Ateneo Científico, Literario y Artístico, fundado en 1835 y con sede, desde 1884, en la calle Prado, 21, de Madrid. En el contexto de esta comedia es sinónimo tanto de inquietud intelectual (por su biblioteca, sus conferencias y los ilustres escritores que lo han frecuentado) como de tendencias y liberales, muy presentes en la tradición del Ateneo desde su fundación.

ADELAIDA.—¡Qué barbaridad!

MÓNICA.—(*Muy preocupada*) Ha sido como un grito de alarma a la conciencia universal. ¡Y qué palabras! ¡Qué ideas! Con qué dolor ha descrito la incertidumbre y la angustia que padecen en esta hora todos los europeos...

ADELAIDA.—(*Muy impresionada*) ¡Pobres europeos! ¡Qué mal lo deben de estar pasando! (*Transición*) Pero ¿qué te pasa, hijita? ¿Por qué te has quedado callada? ¿En qué piensas?

MÓNICA.—(*Un suspiro profundo*) En Europa.

ADELAIDA.—¡No! (*Indignadísima*) ¡Eso sí que no! ¡No te lo tolero!

MÓNICA.—¡Mamá!

ADELAIDA.—¡He dicho que no y no! ¡Ea! Mónica, si sigues pensando en Europa, te doy un sopapo...

MÓNICA.—Pero, mamá...

ADELAIDA.—¡Se acabó! Ni una palabra. ¿Me oyes? ¡La culpa es mía, por dejarte ir tanto al Ateneo!

MÓNICA.—¡Oh!

(*Aparece Maty, que, como Mónica, llega de la calle*)

MATY.—¿Pasa algo?

ADELAIDA.—¡A callar!

MATY.—¡Ay, mamá!

ADELAIDA.—¿Tú también vienes del Ateneo?

MATY.—¡Huy! (*Casi ofendida*) Nada de eso.

ADELAIDA.—Menos mal.

MATY.—¡Yo he salido con Felipín Mendoza!

ADELAIDA.—¿Sí? Pues no me gusta nada que vayas tanto con ese Felipín. Tiene una fama...

MATY.—¡Anda! Pues por eso es tan útil...

ADELAIDA.—¡Niña!

MATY.—(*Muy mundana*) Mira, mamá. Con la fama que tiene Felipín es imposible que comprometa a ninguna chica... ¡Figúrate! Con decirte que muchas señoras casadas cuando van de compras se lo llevan de acompañante. Por dos razones, ¿sabes? Primero, porque de Felipín no van a tener celos los maridos. Y segundo, porque Felipín entiende mucho de telas...<sup>2</sup>

ADELAIDA.—¡Qué horror! ¿Y dónde has estado con esa alhaja?

2 Porque es homosexual; esa es su «fama...». Temprana alusión a este punto en el teatro de Ruiz Iriarte, y no la última.

MATY.—Verás. Yo quería que saliéramos al campo a tomar unas copas. Pero como si no. Felipín se ha empeñado y hemos estado en un desfile de modelos...

ADELAIDA.—Me parece mucho más apropiado.

MATY.—Eso decía Felipín. Es que es más egoísta... (*Transición*) Por cierto, mamá. ¿Sabes que en todo Madrid no se habla más que de tía Lupe?

ADELAIDA.—¡Oh! (*Se estremece*) ¿De veras?

MÓNICA.—¡Toma! Hasta en el Ateneo.

ADELAIDA.—¿También?

MÓNICA.—También. Al subir yo la escalera empezó la gente a rodearme y a preguntar... No sé cómo pude escabullirme. Pasé un rato malísimo.

ADELAIDA.—¡Qué vergüenza!

MATY.—¡Anda! Pero si aún hay más... Me han dicho que en la Gran Peña,<sup>3</sup> como los socios se pasan el tiempo discutiendo sobre si tú casarás o no casarás a la tía Lupe, ya han empezado a hacer apuestas...

ADELAIDA.—¡Oh! Es el colmo. ¡Hasta se hacen apuestas!

MATY.—Sí, sí. Van tres a uno.

ADELAIDA.—¡Qué escándalo! Somos la comidilla de todo Madrid. Se habla de nosotras en todas partes: en la calle, en los cafés, en las casas de modas, en la Gran Peña, y, lo que ya es el colmo, en el Ateneo. Y así, desde hace ocho días. ¡Todo Madrid lleva ocho días divirtiéndose a mi costa! Porque, claro, como todos saben que yo había hecho cuestión de amor propio la boda de mi hermana, ahora resulta que la que de verdad está en ridículo soy yo...

MÓNICA.—¡Oh!

MATY.—Pobre mamá.

ADELAIDA.—(*Con desconsuelo*) ¡Y en qué ridículo, hijitas! ¿Os dais cuenta? Yo, que he organizado de todo: roperos, catequesis, rifas para los suburbios, funciones de la Cruz Roja... Yo, que he organizado hasta un partido de fútbol a beneficio de los toreros ancianos. Yo, que he sido el alma de las mejores fiestas, fracaso en algo tan fácil de organizar como una boda. Y fracaso porque me falla la novia. ¡Mi hermana! (*Amargamente*) ¡Con lo poquísimo que le hubiera costado casarse para dejarme en buen lugar! Pero, Dios mío, si nunca se ha visto nada parecido. Sí, ya se sabe que, a veces, los hombres se arrepienten la víspera de ir al altar y se marchan al extranjero, y ahí te quedas. Pero las mujeres, no. (*Con altanería*) Las mujeres tenemos otra idea del cumplimiento del deber. ¡Nos casamos pase lo que pase!

MATY.—Eso es verdad...

3 Gran Peña: la Sociedad Gran Peña ocupaba, desde 1916, uno de los primeros edificios construidos en la Gran Vía de Madrid, en el número 2.

ADELAIDA.—Ya veis: el párroco, que es tan viejecito, dice que no recuerda más que otro caso en el que se suspendió la boda por culpa de la novia... Y fue en 1920.

MATY.—¿Se arrepintió la novia?

ADELAIDA.—No, hija, por Dios. Se murió la víspera.

MATY.—¡Ah, vamos! Ya decía yo...

ADELAIDA.—Y si, al menos, supiera yo por qué no ha querido casarse con el pobre Joaquín... ¡Ah! Pero ese secreto se lo ha llevado a Montalbán. Porque estoy segurísima de que está en Montalbán. A mí no me despista. ¡Quia! Su fuga, aquella misma noche, mientras nosotras dormíamos, no puede haberla llevado a otro sitio. ¿Dónde va a estar ella, una provinciana tímida y huraña como ella, si no es en Montalbán? (*Dolorosamente*) Y mientras, yo, aquí, soportando la rechifla de todo Madrid. ¡Oh, cómo me duele la cabeza! No puedo más. Voy a tomar otra tableta. Lolita, Lolita... ¿Dónde estás?

(*Y sale. Quedan solas Mónica y Maty*)

MÓNICA.—¡Maty! ¡Qué embustera eres! Tú esta tarde no has salido con Felipín...

MATY.—(*Muy interesada*) ¡Ay! ¿Cómo lo sabes?

MÓNICA.—Porque Felipín ha estado conmigo en el Ateneo.

MATY.—¡Toma!

MÓNICA.—¿Dónde has estado?

MATY.—(*Romántica*) En una barca.

MÓNICA.—¿Cómo?

MATY.—En el estanque del Retiro...

MÓNICA.—¡Ah! ¿Con otro muchacho?

MATY.—Mujer... (*Dignamente*) ¿Qué iba a hacer yo sola en una barca?

MÓNICA.—¿Quién es él?

MATY.—Es un secreto. No te lo puedo decir. Pero ya verás qué sorpresa... Es quien menos te puedes imaginar. Y si tú supieras cómo le quiero. ¡Cómo nos queremos los dos! Por eso queremos que no lo sepa nadie... No lo digas, Mónica. No me descubras.

MÓNICA.—(*Con evidente superioridad*) ¡Oh! ¡Qué femenina eres!

(*Entra de nuevo Adelaida, como una tromba*)

ADELAIDA.—Conque dices que apuestas y todo, ¿eh?

MATY.—¡Ay! Sí, mamá.

ADELAIDA.—Pues ya puedes decir a tus amigos que apuesten a favor... Porque la caso; vaya si la caso.

*(Mónica y Maty, sobresaltadísimas, rodean a su madre)*

MATY.—¡Mamá!

MÓNICA.—¿Qué dices?

ADELAIDA.—Lo que habéis oído. Esos que se ríen de mi fracaso todavía no saben quién soy yo... *(Soberanamente)* ¡Yo no me doy por vencida así como así! ¡Yo no me rindo! ¡Quia!

MATY.—¡Mamá!

MÓNICA.—¿Qué piensas? ¿Qué vas a hacer? Mira que te temo, mamá.

ADELAIDA.—¡Silencio! *(Transición)* ¡Hijas mías! Para salir de esta situación, para que se olvide la campanada que ha dado mi hermana, no hay más que una solución. ¡Otra boda!

*(Mónica y Maty, con mucho susto, gritan a un tiempo)*

MÓNICA.—¡No!

MATY.—¡No!

ADELAIDA.—Os digo que sí. Lo he pensado muy detenidamente. Y desde hace unos días, ya tengo el nuevo candidato...

MÓNICA.—¡Oh! ¡Mamá!

ADELAIDA.—Será una sorpresa, desde luego. Os advierto que su aspecto no es muy bueno. Pero ya comprenderéis, hijitas, que a estas alturas no estamos para elegir...

MÓNICA.—¿Quién es ese individuo?

ADELAIDA.—¡Chiss! Pronto lo sabréis. Lo tengo citado esta tarde, y ya es la hora... Va a llegar de un momento a otro. Y no me preguntéis más, ¿eh? No me preguntéis más. Me duele muchísimo la cabeza...

*(Sale con gran dignidad. Maty y Mónica se miran, absortas)*

MÓNICA.—¡Maty!

MATY.—¡Mónica!

MÓNICA.—¿Quién será ese hombre?

MATY.—¡Ay, Dios! Dice que está al llegar...

MÓNICA.—Habrá que avisar a tía Lupe...



MATY.—Sí, sí. Tenemos que hacer algo. Porque, esta vez, como mamá se empeñe, la casa.

MÓNICA.—Pondremos una conferencia...

MATY.—Sí, sí. Una conferencia. Le diremos a tía Lupe que se vaya al extranjero...

*(Y, en este instante, surge Lupe. Es una nueva Lupe, elegantísima, con su vestido y su sombrero de otoño, último modelo. Desde la puerta, llama prudentemente)*

LUPE.—*(Muy bajito)* ¡Chiss! ¿Estáis solas?

*(Maty y Mónica se vuelven, estupefactas)*

MÓNICA.—¡Tía Lupe!

MATY.—¡Tú, tía Lupe!

LUPE.—¡Chiss! No gritéis...

MATY.—¡Dios mío! Tú aquí. Y qué elegante... Pero si no pareces la misma.

LUPE.—¿Te gusto?

MATY.—Una barbaridad.

MÓNICA.—¿Qué es esto, tía Lupe? Te han transformado. ¿Por qué has vuelto de Montalbán?

LUPE.—¡Anda! Pero si yo no vengo de Montalbán...

MATY.—¿Que no vienes de Montalbán?

LUPE.—No, no.

MÓNICA.—Entonces, ¿dónde has pasado estos días?

LUPE.—Aquí.

MATY.—¿En Madrid?

LUPE.—¡Claro! *(Muy natural)* En el Palace...

MATY.—¡Atiza!

*(Mónica, escamadísima, se queda mirando a Lupe, en actitud muy fiscal)*

MÓNICA.—De manera que en el Palace.... Y con este vestido.

LUPE.—Mujer... Con este solo, no. Tengo otros. Y todos muy bonitos. Ya veréis.

*(Se despoja del sombrero, del bolso y de los guantes, que deja sobre una mesita)*

MÓNICA.—Oye, oye... ¿No te has vuelto loca, verdad?

LUPE.—(*Con rubor*) ¡Oh, Mónica!

MÓNICA.—A nosotras no puedes engañarnos. Sabemos por qué te negaste a casarte. Conocemos tu complejo... Sencillamente, no pudiste soportar un beso del hombre que iba a ser tu marido. Pero entonces, empezaste a sentir una enorme curiosidad por saber si con otro hombre te sucedería lo mismo. Era una curiosidad que no habías sentido nunca... ¿No es así?

LUPE.—(*Casi no se la oye*) Sí...

MÓNICA.—¡Tía Lupe! Supongo que en estos días esa curiosidad no te habrá llevado a hacer una tontería con el primer desconocido que te haya salido al paso...

LUPE.—Quia, hija. (*Un suspiro*) No he podido.

(*Maty y Mónica se acercan más a Lupe muy alarmadas*)

MÓNICA.—¿Qué dices?

LUPE.—La verdad, hijas mías. ¡Que es muy difícil!

MÓNICA.—(*Con terror*) Pero, tía Lupe... ¡No te entiendo!

LUPE.—Mira, Mónica... En Montalbán dice la gente que Madrid es una ciudad pervertida, que los hombres son unos frescos, y que, aquí, una mujer no puede andar sola por la calle... Pues nada. Todo eso son calumnias de las provincias... Resulta que en Madrid pasa todo contrario... ¡Como que ya quisieran en Montalbán!

(*Las dos muchachas la observan muy inquietas*)

MÓNICA.—¿Qué nos vas a contar, tía Lupe?

MATY.—¿Qué es lo que has hecho?

(*Lupe las mira de una en una, baja la cabeza. Y se ruboriza*)

LUPE.—Bueno... Tenéis que perdonarme. Yo necesitaba la prueba de un beso. Un beso nada más. Es tan poco. No es casi nada... Y me pareció que encontrar en Madrid alguien que me diera un beso no iba a ser muy difícil. (*Un gran suspiro*) Pero, ya, ya. Yo no sé cómo se las arreglan algunas... Durante estos ocho días he recorrido todos los lugares donde dicen que una mujer puede estar en peligro. He paseado por el Retiro al atardecer y por el Hipódromo de noche...

MATY.—¿Y... nada?

LUPE.—Nada...

MATY.—¡Qué raro! Será que ahora lo prohíbe el Ayuntamiento...

LUPE.—También he estado en esos cines por horas...

MÓNICA.—¿De veras? ¿Has sido capaz?

MATY.—¿Te has atrevido?

LUPE.—Sí, hija. Yo estaba decidida a todo. Como los cines por horas tienen esa fama... Me pareció que el hecho de que una señora entre sola en un cine así ya es bastante insinuación. Pues nada. Inútil. ¡Hay que ver! Cuando pienso que el año pasado, en Montalbán, quisieron poner un cine por horas y lo prohibió el alcalde porque decía que era un atentado a la moral. Sí, sí. Está listo el alcalde. *(De pronto)* ¿Sabéis lo que hacen los novios en esos cines por horas?

MATY.—*(Curiosísima)* ¿Qué?

MÓNICA.—¿Qué hacen?

LUPE.—Ven la película.

MÓNICA.—*(Sorprendidísima)* ¡No!

MATY.—*(Lo mismo)* ¡No puede ser!

LUPE.—Como os lo cuento.

MATY.—¡Oh!

LUPE.—Claro, ya comprendo que vosotras creáis otra cosa. Pero no hay nada de eso. Lo que pasa es que los madrileños conocéis Madrid de oídas...

MÓNICA.—¡Oh!

LUPE.—También he estado en un bar americano de esos que a la hora del aperitivo se llenan de muchachas alegres... *(Transición)* Bueno, en Montalbán las llaman de otra manera.

MATY.—Y aquí, también.

MÓNICA.—¡Dios mío! ¿Y qué hiciste tú entre ellas?

LUPE.—¡Toma! Me pareció que lo más natural era hacer lo mismo que hacían las demás.

MÓNICA.—¡Tía Lupe!

LUPE.—Me senté junto a la barra del bar. Bebí un poquito y se me subió en seguida a la cabeza. Como a ellas. Empecé a fumar y a toser muchísimo, porque hay que ver lo que tosen esas chicas, pobrecitas. Y, de pronto, noté que todas me estaban mirando muy serias. Fue un poco violento, ¿sabes?

MÓNICA.—*(Indignada)* ¡Descaradas! Y tú, claro, te levantaste y te fuiste.

LUPE.—No, no. Se fueron ellas...

MATY.—¿Todas?

LUPE.—¡Todas! Por lo visto, no les gustan las mezclas... Tienen mucha dignidad.

MATY.—¡Huy!

MÓNICA.—Pero ¿te das cuenta, mujer, te das cuenta?

LUPE.—(*Desconsoladísima, a punto de llorar*) Calla, Mónica, no me regañes. ¡Si es que soy fatal! Me han fallado todos los trucos. Anoche, para retirarme al hotel, paré un taxi en Recoletos. Entonces, un caballero que parecía muy fino empezó a dar voces diciendo que el taxi lo había parado él. Bueno, ya se sabe que siempre que una señora y un caballero discuten por un taxi pierde la señora, porque los hombres, como tienen más fuerza, empujan... Entonces, le dije que podíamos subir al coche los dos y yo le llevaría a donde fuese. (*Se ruboriza*) Lo hice con intención. ¿Comprendéis? A él le hizo mucha gracia. Cuando me vi en el coche con él a mi lado me pareció que ya había encontrado lo que buscaba. Era una ocasión maravillosa. Estaba segurísima de que se iba a aprovechar. De noche, dentro de un coche, tan cerca el uno del otro. Yo empecé a mirarle a hurtadillas. Muy guapo, guapísimo, de veras. De pronto, me miró fijamente. Y me preguntó... (*Se calla*) ¿Qué diréis que me preguntó?

MATY.—¿Qué?

MÓNICA.—¿Qué?

LUPE.—(*Amargamente*) Me preguntó que si yo era de provincias...

MÓNICA y MATY.—(*Muy indignadas*) ¡Oh!

LUPE.—Al parecer, se me nota. Es una fatalidad. Yo le dije que sí y él se puso muy contento, porque era de Cuenca. Se acercó a mí más todavía, y entonces...

MATY.—¿Qué?

MÓNICA.—¿Qué?

LUPE.—Entonces... me enseñó las fotografías de sus tres hijitos.

MATY y MÓNICA.—¡Oh!

LUPE.—Unos niños muy ricos.

*(Y se echa a llorar. Las dos chicas la consuelan y la dan palmaditas)*

MATY.—¡Oh, tía!

MÓNICA.—No llores, tía Lupe.

LOLITA.—¡Qué chasco! ¿Verdad, pequeñas? Y qué grotesco. Una pobre solterona que recorre Madrid a la busca de un beso y que no lo encuentra. ¡Si seré torpe! ¿No es para reírse? ¡Pobre de mí! Yo solo quería saber si soy todavía como aquella niña que se asustaba de las caricias de don Fabián... Y esto es lo que me asusta. Porque antes, en Montalbán, en mi soledad, no sentía curiosidad. Era otra mujer...

MÓNICA.—Cálmate, tía Lupe.

LUPE.—Sí, Mónica. No temas. He ordenado en el Palace que traigan mis maletas. Todos esos vestidos elegantes que compré con tanta ilusión y que ya no me volveré a poner. Me quedaré aquí con vosotras...

*(Mónica y Maty, automáticamente, se miran y se ponen en pie)*

MÓNICA y MATY.—¡No!

LUPE.—¿Cómo?

MÓNICA.—¡No! Aquí, no.

MATY.—¡Tienes que marcharte ahora mismo!...

MÓNICA.—¡Vete, tía Lupe!

MATY.—¡Vete!

LUPE.—*(Extrañadísima)* Pero ¿es que os habéis vuelto locas?

MÓNICA.—No, tía Lupe. Es que mamá está decidida a casarte...

LUPE.—¡Ay!...

MÓNICA.—¡Y ya te ha buscado otro novio!

LUPE.—¡Ayy! Pero, ¿otra vez?

MATY.—Sí, tía, sí. ¿Comprendes ahora?

LUPE.—*(Consternada)* Pero esto es demasiado... Mi hermana está loca. ¿Y quién es ese desaprensivo? Porque, naturalmente, tiene que ser un desaprensivo...

MÓNICA.—¡Seguro! Alguno de esos hombres que se casan por dinero...

LUPE.—Pero ¿quién es?

MATY.—No lo sabemos. Pero está al llegar...

LUPE.—*(Con terror)* ¿Ahora?

MÓNICA.—Sí, tía Lupe. De un momento a otro, ese hombre va a aparecer por esa puerta...

LUPE.—¡No, Dios mío! Eso, no. ¡Otra vez, no!

*(Aparece en la puerta de entrada Esteban, muy jovial y muy risueño)*

ESTEBAN.—¡Buenas tardes! ¿Se acuerdan ustedes de mí? Yo soy el organista de la parroquia...

*(Lupe, Mónica y Maty, que estaban nerviosísimas, al verle se sobresaltan más aún y gritan)*

LAS TRES.—¡Ayyy!

ESTEBAN.—*(Retrocediendo, asustado)* ¡Caramba!

MÓNICA.—¡Tía Lupe! Era este...

LUPE.—(*Aterrada*) ¿Tú crees?

MÓNICA.—Seguro, segurísimo. ¡Mamá dijo que estaba al llegar! Es este... ¡Qué desahogado!

MATY.—¡Qué fresco!

LUPE.—¡Qué sinvergüenza!

ESTEBAN.—(*Perplejo*) Oiga... ¿Ese soy yo?

LAS TRES.—(*Furiosas*) ¡Sí!

ESTEBAN.—¡Caramba! (*Atónito*) ¿Y de verdad me esperaban ustedes?

LAS TRES.—¡Sí!

ESTEBAN.—¡Demonio! Pero qué cosas me pasan a mí en esta casa...

*(Y, muy atribulado, comienza a darle vueltas al sombrero que tiene entre las manos. Lupe, Mónica y Maty le miran de arriba abajo con muchísima rabia y empiezan a pasear de un lado para otro)*

MÓNICA.—¡El organista!

MATY.—¡Un pobre hombre!

LUPE.—¡Un desgraciado!

ESTEBAN.—(*Tímidamente*) Hombre, no tanto...

*(Las tres se revuelven, furiosas)*

LUPE.—¡Cállese!

MÓNICA.—¡Cállese usted!

MATY.—Calladito, ¿eh? Muy calladito. ¡Vamos! Con esa pinta... Pero si ni siquiera se ha puesto un traje nuevo, que es lo que hacen en estas ocasiones todos los hombres.

ESTEBAN.—(*Modestamente*) Es que no tengo otro.

LUPE.—(*Indignadísima*) ¿Por qué se presta usted a esto?

ESTEBAN.—(*En la luna*) ¿A qué?

LUPE.—¡No disimule más, que me pongo muy nerviosa! Hable de una vez. Traerá usted su papel bien aprendido. ¡Hable!

MÓNICA.—Eso, eso. ¡Hable!

MATY.—¡Hable!

LUPE.—¡No! ¡Cállese! Naturalmente, vendrá usted dispuesto a casarse en seguida. ¿No es así? ¡Sí! Es así. (*Con muchísimo coraje*) ¿O prefiere usted que seamos novios una temporada?

ESTEBAN.—¡Señorita! ¿Novios usted y yo?

LUPE.—¡Claro!

ESTEBAN.—(*Ilusionadísimo*) ¡Oh! Pero eso sería maravilloso...

LUPE.—¡Oh! (*Casi llorando*) ¿Habéis oído?

MÓNICA.—¡Es un cínico!

MATY.—¡Un granuja es lo que es!

*(En este momento asoma Adelaida. Viene muy satisfecha. Entra y se dirige a Lupe, sin reparar en nadie más)*

ADELAIDA.—¡Guadalupe! Querida, queridísima... No sabes cómo me alegro de que hayas vuelto. ¡Huy! Y si tú supieras con qué oportunidad has llegado... (*Descubre a Esteban. Le mira, muy extrañada, y tuerce el gesto*) ¡Hola! ¿Qué hace aquí este sujeto? Que le den diez pesetas y que se vaya...

*(Lupe, Mónica y Maty se quedan mirando a Esteban sobrecogidas)*

LUPE.—¡Adelaida!

MÓNICA.—¡Mamá!

*(Adelaida se vuelve de nuevo a Lupe, tan tranquila, como si estuvieran solas, y le coge las manos cariñosísima)*

ADELAIDA.—¡Guadalupe! ¡Querida hermanita! Estamos de enhorabuena. Me parece que ya he resuelto tu situación para siempre. Tengo una sorpresa para ti... ¿Sabes quién espera en el salón? Un caballero. Un verdadero caballero que está loco por ti y dispuesto a casarse inmediatamente...

LUPE.—¡Adelaida! (*Con los ojos clavados en Esteban*) Pero ¿no era este?

ADELAIDA.—¿Este? (*Indignada*) ¿Con esa facha?

LUPE.—¡Oh!

ADELAIDA.—Pero, mujer... ¿Cómo se te puede haber ocurrido? ¿Cómo voy a casarte con el organista de la parroquia?

MÓNICA.—(*Espantada*) ¡Ay, Dios mío! Y le hemos llamado hasta granuja...

MATY.—¡Anda! Y muchas cosas más...

ADELAIDA.—No comprendo la confusión. Lo que yo te propongo es una buena boda. Se trata de un verdadero señor. Es un viejo amigo y correligionario

de mi marido.<sup>4</sup> También ha estado muchas veces en la cárcel por ir tanto al Ateneo. Pero, en fin, ya se sabe; esas son manías de los hombres. La verdad es que es un gran partido. Y te aseguro que es encantador. Tiene todas las condiciones necesarias para enamorar a una mujer... (*Ponderativa*) ¡Tiene hasta la Cruz de San Raimundo de Peñafort!

LUPE.—(*Gritando*) ¡Adelaida!

ADELAIDA.—(*Retrocede*) ¡Ay! ¡Guadalupe!

LUPE.—¡Cállate, Adelaida! No me vuelvas loca. ¡Y vete!

ADELAIDA.—(*Consternada*) Pero, Lupe... ¿Qué hago con ese caballero?

LUPE.—¡Despídelo!

ADELAIDA.—¡No! Eso no...

LUPE.—Te digo que sí. Si no le despides pronto, soy capaz de ir al salón y pegarle..

ADELAIDA.—¡Dios mío! ¡Pegarle! ¡Oh! Ya salió la de siempre... ¡La salvaje!

LUPE.—(*Un sollozo*) ¡Vete, Adelaida, vete!

ADELAIDA.—¡Pobre señor! ¡Pobrecito! Con lo orgulloso que está él con su condecoración...

*(Sale verdaderamente abrumada. Hay un silencio. Lupe, vuelta de espaldas a los demás, se ha dejado caer en el diván. Mónica y Maty, calladas e inmóviles, con los ojos muy abiertos clavados en Esteban. Este, a un lado de la escena)*

MÓNICA.—No sé qué decirle. No tengo palabras para pedirle que nos perdone...

ESTEBAN.—(*Azarado*) ¡Je!

*(Mónica le mira un instante. Parece que va a hablar más. Pero, de pronto, bruscamente, echa a correr y sale. Maty queda frente a Esteban. Da unos pasos impulsivamente hacia él... Va a hablar. Pero, calla. Y escapa corriendo, detrás de Mónica)*

ESTEBAN.—¡Je!

*(Están solos Lupe y Esteban. Un gran silencio. Ella está vuelta de espaldas, refugiada entre los almohadones del diván. Él, más*

---

4 El difunto marido era ateneísta y liberal; se entiende que el correligionario también lo es (o lo fue).



*azorado que nunca, empieza otra vez a darle vueltas al sombrero que tiene entre las manos)*

LUPE.—(Al cabo. Muy bajo) ¿Está usted ahí todavía?

ESTEBAN.—¡Je! Sí...

LUPE.—¿Cómo se llama usted?

ESTEBAN.—Esteban... (Sonríe) Le traigo algo que no es mío. Usted me lo pidió y luego no quiso aceptarlo. Pero yo lo guardo...

LUPE.—¿Qué es eso?

ESTEBAN.—¡Je! Un beso.

LUPE.—¡Ah!

ESTEBAN.—¿Se acuerda?

LUPE.—Sí... (Se vuelve un poco y le mira, casi a hurtadillas. Un silencio. Muy bajo)  
¿No querrá usted besarme ahora, ¿verdad?

ESTEBAN.—¡Oh! No tengo prisa. Puedo esperar...

*(Otro silencio)*

LUPE.—¿Quién es usted?

ESTEBAN.—¡Je! Lo que ustedes decían. Un pobre hombre. El organista... Nadie.

LUPE.—(Contrita) ¿Eso hemos dicho?

ESTEBAN.—¡Huy! Eso fue al principio...

LUPE.—¡Qué vergüenza!

ESTEBAN.—Pero si no tiene importancia, señorita. Si de verdad, de verdad, soy un pobre hombre. ¡Oh! Habrá usted visto a tantos como yo... Yo soy uno de esos hombres que jamás tienen prisa, que nunca van a ningún sitio. Uno de esos que muy de mañana pasean por el Retiro arrancando hojitas de las matas de boj, y pensando, por pensar en algo, en la Revolución Francesa. Soy uno de esos hombres que cualquier tarde puede usted encontrar sentado en un banco de los jardines de la plaza de España, leyendo con muchísimo interés un periódico atrasado... Uno de esos hombres que cenan solos en el rincón de una tabernita barata y que pasan la velada en el rincón de un café antiguo donde un pianista muy viejo toca todas las noches «Doña Francisquita». (Sonríe) ¿Comprende usted ahora? La gente dice que soy un bohemio y un perezoso. Pero lo que yo soy de verdad es un vagabundo. Lo que a mí me gusta es andar y andar...

LUPE.—(Mirándole) ¿Y... solo eso?

ESTEBAN.—(Suavemente, risueño) Solo eso. ¿Para que más? Cuando era más joven, en el Conservatorio, tenía sueños de artista. ¡Cosas de muchacho! Quería

ser un Falla, un Ravel, un Strawinsky... ¡Qué sé yo! Tonterías. Pronto me di cuenta de que no merecía la pena. Es mejor vivir, vivir nada más.

LUPE.—¿Es que a esa vida de vagabundo le llama usted vida?

ESTEBAN.—¡Claro! Vivo como quiero. Como me gusta vivir. ¡Soy feliz!

LUPE.—¿De verdad?

ESTEBAN.—De verdad, señorita. Muy feliz. Le aseguro que es maravilloso. Hay algo más emocionante y más divertido que vivir uno mismo, y es ver cómo viven los demás. ¡Je! Se pasa el tiempo tan ricamente y sin sentir. ¡La gente hace tantas tonterías! (*Sonríe*) Bueno. Para ganarme la vida toco el órgano en la parroquia. Me gusta, ¿sabe? Es muy bonito. Luego, a solas, compongo canciones para mí. Son unas canciones muy románticas y muy alegres... De verdad.

LUPE.—¡Esteban! ¿Por qué ha venido usted?

ESTEBAN.—¡Je! Por curiosidad. Estoy loco de curiosidad por usted desde que un día la vi rezando en la parroquia, junto a los claveles del altar de san Pablo. Tenía usted los ojos bajos, como asustada, como acorralada, con su vestidito de provinciana, con su libro de misa, con su velo y su rosario. Con una pena y una angustia dentro. Y tan sola, tan sola, que solo en la soledad de la iglesia con sus rezos se sentía usted un poco acompañada. ¿No era así? ¡Je! ¡Señorita! ¿Sabe usted que el amor, sobre todo lo que es, sobre todas las cosas, el amor no es más que una infinita curiosidad? Una curiosidad que nos llena el alma y el pensamiento y la imaginación...

LUPE.—¡Esteban!... (*Más bajo*) Yo soy una solterona.

ESTEBAN.—¡Oh!

LUPE.—Yo no sé nada del amor.

ESTEBAN.—¡Oh! Usted, como todas las solteras, ha tenido durante mucho tiempo un gran novio. El ideal. Es el amante que más enseña y el que más descubre.

LUPE.—(*Con melancolía*) Yo no soy como las demás mujeres, Esteban. Yo tengo un complejo.

ESTEBAN.—¡Hola! ¿De veras?

LUPE.—Sí, sí. (*Enrojece*) Yo no valgo para el amor. La única vez que un hombre me ha besado, creí morir de angustia, de miedo y de horror...

ESTEBAN.—(*Se calla, piensa y sonríe*) Se comprende. Una mujer como usted no puede besar a un hombre si no está enamorada...

LUPE.—¡Ay! (*Se vuelve con viveza. Con una luz de esperanza en los ojos*) ¿Es... eso? ¿Cree usted que solo es eso?

*(Ella le mira con tímida ansiedad. Él la contempla y sonríe)*

ESTEBAN.—Bueno... Me gustaría que conociera usted mi vieja taberna. Es divertida. Como es tan vieja y tan humilde, todas las noches se llena de millonarios, que son los que menos dinero gastan en comer... Pero, para mí, siempre hay un rincón reservado. Esta noche, si usted quisiera, mi rincón podría ser para los dos. Después, oiríamos música en el café. El pianista viejecito, que es amigo mío, nos dedicará un vals antiguo de los que a él le gustan. Ya verá usted. Pasaremos la velada como dos estudiantes... ¿Querrá usted? La esperaré a usted, durante media hora o más, en el portal. *(Sonríe)* Bueno: si no quiere, no baje... Por mí, no se preocupe. Yo no tengo nada que hacer. Tampoco tengo prisa. Ya le he dicho que soy un vagabundo... Pero esperaré.

*(Sale. Lupe le ve salir, callada, pensativa. Entra Lolita)*

LOLITA.—¡Señorita Guadalupe! Acaban de traer sus maletas del Palace...

LUPE.—Está bien, Lolita. Llévalas a mi cuarto...

LOLITA.—Sí, señorita. ¿Es que se queda otra vez con nosotras la señorita?

LUPE.—¡Sí!

LOLITA.—¡Qué alegría!

*(Va a salir. Lupe la llama)*

LUPE.—Oye, Lolita.

LOLITA.—¡Señorita!

LUPE.—¿Tú has salido alguna vez con un hombre, de noche?

LOLITA.—¡Huy! Muchísimas veces, señorita. Al cine, a bailar, a la verbena y a la lucha libre...

LUPE.—¡Ah! *(Muy bajo)* ¿Y... es peligroso?

LOLITA.—¡Pche! *(Escéptica)* No crea la señorita. A la vuelta todos se ponen un poco tiernos... Pero, como en seguida les entra el sueño, se acabó.

LUPE.—¡Ah, ya! Gracias, Lolita.

LOLITA.—Con permiso de la señorita. Me parece que están llamando...

*(Sale Lolita. Lupe, sola, recoge su sombrero, sus guantes, su bolso y sale. Al salir apaga la luz de la pantalla. Queda la escena en semioscuridad. De pronto, surge una figura que titubea entre las sombras. Es Jaime, que llama bajito)*

JAIME.—Maty, Maty. ¿Dónde estás?

(Aparece Maty)

MATY.—¿Quién anda ahí?

(Maty enciende la luz central, y Jaime se da un buen susto)

¡Jaime! ¡Tú!

JAIME.—¡Ay, Maty! Me... me has asustado.

MATY.—¿Qué buscas?

JAIME.—A ti... Te busco a ti. Le dije a la doncella que no me anunciara.

MATY.—(Emocionadísima) ¡Jaime!

JAIME.—Es que no podía volver a casa sin verte otra vez, ¿sabes?

MATY.—¿De veras? ¿Es verdad eso, Jaime?

JAIME.—(Muy conmovido) ¡Huy! Ha sido una tarde tan bonita la que hemos pasado. ¡Y tantas horas juntos! Cuando te dejé en la esquina, no lo pude remediar. Me eché a llorar. Me pareció que no te vería más...

MATY.—¡Oh, Jaime! ¿Tanto me quieres?

JAIME.—¡Que sí te quiero! ¡Demonio, que sí te quiero! Desde entonces estoy paseando por la acera de enfrente, para ver si te asomas un poquito al balcón. Claro que has hecho muy bien en no asomarte, porque se ha levantado fresco y puedes coger un catarro. Y eso sí que no, ea.

MATY.—Jaime... Me vas a hacer llorar.

JAIME.—¡Qué bonita estás!

MATY.—Calla, hombre...

JAIME.—Oye, ¿se han enterado?

MATY.—No. Todavía no lo sabe nadie...

JAIME.—Mejor. Esto es para nosotros solos.

MATY.—Sí, Jaime. Para nosotros...

(Se miran a los ojos, lenta, dulcemente)

JAIME.—¡Cómo te quiero, Maty!

MATY.—¡Cómo te quiero, Jaime!

(Y, de pronto, con las manos cogidas, impulsiva, irremediadamente, se besan. Entra Lupe, con el sombrero puesto, arreglada de nuevo para salir a la calle. Al verlos, se queda, inmóvil por el asombro, en la puerta)

LUPE.—¡Maty!

*(Los dos muchachos se separan, avergonzadísimos)*

JAIME.—¡Oh!

MATY.—¡Tía Lupe!

LUPE.—*(Casi sin voz, por el asombro)* ¡Chiquilla! Le has besado...

*(Jaime, muy sonrojado, se retira a un lado. Maty corre hacia su tía, llorando de vergüenza, y se arroja en sus brazos)*

MATY.—¡No me riñas, tía Lupe!

LUPE.—¡Le has besado! Lo he visto yo...

MATY.—¡No me riñas, tía Lupe, por Dios! ¡Mira que me muero de vergüenza! No me daba cuenta de nada. Ha sido sin pensar. Es que estamos enamorados...

LUPE.—¡Ah! Estáis enamorados...

MATY.—¡Le quiero! ¿Sabes? ¡Le quiero!

LUPE.—Entonces es eso. Es el amor...

*(Mira hacia la puerta por donde salió Esteban. La muchacha se estrecha más contra ella)*

MATY.—Por Dios, tía Lupe, que no se entere mamá. ¡Que no lo sepa nadie! Te aseguro, tía Lupe, que, a pesar de las frescuras que digo y a pesar de lo coqueta que soy, esta es la primera vez... ¿Me oyes? No me riñas, tía Lupe; no me riñas...

*(Lupe, emocionada, la atrae, la besa, la acaricia)*

LUPE.—No, chiquilla, no temas. No lo sabrá nadie. Y no llores, no llores más. Dios mío, ¿cómo voy a reñirte? Si ha sido tan hermoso, tan hermoso...

TELÓN

## ACTO TERCERO

El mismo decorado. Días después. Por la tarde.

*(En escena, Mónica y Maty. Mónica, echada boca abajo en el diván, lee un libro con enorme atención. Maty, con un espejito y unas pinzas, se depila delicadamente las cejas. De vez en cuando sonrío muy complacida de sí misma. Así, las dos en silencio, unos instantes. Entra Adelaida)*

ADELAIDA.—Hola, hijitas. Acaba de telefonar Jaime pidiéndome permiso para venir a tomar el té. Es curioso. Desde hace una temporada, este muchacho se invita solo con el menor pretexto. ¿Tú sabes algo, Maty?

MATY.—No, no, mamá. *(Inocentemente)* De verdad.

ADELAIDA.—Nena, no digas mentiras, que me pongo muy nerviosa.

MATY.—Pero, mamá...

*(Adelaida, que está en el centro del escenario, se cruza de brazos y se queda mirando a una y a otra)*

ADELAIDA.—¿Qué es lo que estáis haciendo? ¿Nada? Pero, Señor, ¿cuántas veces os he dicho que no me gusta veros ociosas? Fijaos en mí. No paro. ¡Ay! Son tantas las cosas que deberíais aprender de vuestra madre... En esta casa nadie tiene sentido del orden y todo el mundo hace lo que le da la gana. Todos mis esfuerzos son inútiles. Me he pasado la vida velando por la felicidad de los demás, ¿y qué he conseguido? Nada, nada absolutamente. A vuestro padre lo único que de verdad le ponía contento era decir que no, si yo decía que sí. ¡Digo! Pero si cuando yo quería veranear en San Sebastián tenía que suplicarle, con lágrimas en los ojos, que me llevara a Santander, porque era la única manera de que me llevara a San Sebastián. Y hay que ver qué veranos tan felices pasaba el pobre papá paseando por la Zurriola y pensando que me había hecho la pascua... *(Tiernamente)* Era muy morbosos, pero muy morbosos, el pobrecito. Claro que, entonces, como no estaban de moda los hombres morbosos, porque todas las películas eran de caballos, él no se daba ninguna importancia. Pero vuestro padre fue de los primeros. Vaya si lo era... Tan morbosos como el que más. Ya quisieran muchos que presumen ahora. *(Transición. De pronto)* Maty, encanto.

MATY.—¡Ay, mamá! Me has asustado.

ADELAIDA.—¿Es que vas a pasarte la tarde haciendo visajes con el espejito? ¿No te cansas de mirarte, hija mía? ¿No te das cuenta de que llevo aquí un ratito hablando?

MATY.—¡Ay, mamá! Es que estaba distraída.

ADELAIDA.—Conque distraída, ¿eh? Maty, nena, me tienes muy disgustada. No piensas más que en mirarte en todos los espejos... Eres una coqueta de tomo y lomo. Y, claro, así resulta que siempre tenemos algún muchacho que se invita solo a tomar el té... Un día va a parecer esta casa la Ciudad Universitaria.

MATY.—Pero, mamá...

ADELAIDA.—¡Silencio! Venga ese espejo.

MATY.—¡Oh!

ADELAIDA.—Ea, se acabaron las coqueterías. Y si me replicas te suelto un cachete...

MATY.—¡Oh!

*(Adelaida, muy severa, atrapa el espejito de las manos de Maty y marcha hacia Mónica. La pequeña, muy enfurruñada, se queda zambullida en su sillón)*

ADELAIDA.—¡Mónica!

*(Mónica, sobresaltadísima, aparta los ojos del libro como si la arrancaran de un profundo sueño)*

MÓNICA.—¡Ay! ¿Qué? ¡Ah! Eres tú, mamá.

ADELAIDA.—¡Naturalmente!

MÓNICA.—Perdona, mamá. *(Sonríe)* Es que estaba tan lejos de aquí...

ADELAIDA.—¡Ah! ¿Sí? ¿Y dónde estabas, hijita?

MÓNICA.—*(Suspira, feliz)* En un campo de concentración.

ADELAIDA.—¡¡Jesús!! *(Asustadísima)* Las cosas que tiene una que oír. ¡Una hija mía en un campo de concentración! *(Transición)* ¿Qué libro es ese, Mónica?

MÓNICA.—*(Muy entusiasmada)* Algo fantástico. *(Con énfasis)* Es la vida de un gran luchador, escrita por él mismo. Y qué vida, mamá.

ADELAIDA.—¿Es... emocionante?

MÓNICA.—Muchísimo. Es hijo de unos campesinos... Nació en una aldea húngara.

ADELAIDA.—¿Junto al Danubio?

MÓNICA.—Eso no lo dice.

ADELAIDA.—Se le habrá escapado. Pero todas las aldeas húngaras están junto al Danubio... Ya se ve en el tecnicolor. Sigue, hija mía, sigue.

MÓNICA.—De muchacho, tenía un gran espíritu religioso. ¿Sabes? Estuvo a punto de entrar en un convento.

ADELAIDA.—(*Conmovida*) ¡Oh! ¡Qué santito!

MÓNICA.—Pero se hizo de las Juventudes de Hitler.

ADELAIDA.—(*Un respingo*) ¿Cómo?

MÓNICA.—Y después, cuando comprendió que Hitler perdía la guerra, sus ideas sufrieron una transformación y se afilió al Partido Comunista.

ADELAIDA.—(*Atónita*) ¡Qué fresco!

MÓNICA.—¡Mamá! Ten en cuenta que es un luchador...

ADELAIDA.—¡Ah! (*Comprensiva*) Entonces...

MÓNICA.—(*Muy natural*) Ahora se ha escapado de detrás del Telón de Acero y cuenta en este libro todos los horrores que ha visto allí. Ya puedes figurarte. Ha conocido todos los campos de concentración de Europa. Ha pasado lo mejor de su juventud en la cárcel...

ADELAIDA.—¿Por ser de Hitler?

MÓNICA.—No, mamá. Por ser comunista.

ADELAIDA.—¡Ah, ya!

MÓNICA.—Además, ha estado tres veces ante el pelotón de ejecución...

ADELAIDA.—¿Por comunista?

MÓNICA.—No, no. Porque era de Hitler.

ADELAIDA.—¡Mónica! A mí, este luchador me parece un sinvergüenza...

MÓNICA.—Pero, mamá... ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

ADELAIDA.—Y no me chilles, ea. ¿Me oyes? Dame ese libro. (*Se lo quita*) No lees más.

MÓNICA.—¡Mamá!

ADELAIDA.—¡A callar! A una señorita como tú no le importa nada de lo que pasa en un campo de concentración. ¡Mónica! No quiero que leas tantos librotos. ¿Por qué no empleas el tiempo en otra cosa? ¿Por qué no eres como todas las muchachas? ¿Por qué de vez en cuando no te miras un ratito al espejo? Toma, mujer, toma... (*Le entrega el espejito de Maty*) Anda. Mírate al espejo.

MÓNICA.—Pero, mamá...

ADELAIDA.—¡He dicho que te mires al espejo!

MÓNICA.—¡Oh!

(*Adelaida se vuelve y se encuentra frente a Maty*)

ADELAIDA.—¿Y tú qué haces ahí, pasmada?



MATY.—Nada... *(Un suspiro)* Me aburro.

ADELAIDA.—Conque te aburres, ¿eh? ¡Claro! Si no fueras tan holgazana. Si estudiaras un poquito. Pero Dios mío, ¿por qué no lees un libro de vez en cuando? *(Muy indignada)* Borriquita, que eres una borriquita. ¡Toma! *(Le tiende enérgicamente el libro de Mónica)* Lee.

MATY.—*(Aterrada)* Pero, mamá...

ADELAIDA.—¡A leer! Anda, vete enterando de lo que es un campo de concentración. Después de todo, tal y como está hoy el mundo, nunca se sabe lo que puede pasar. *(Al salir, a sí misma)* Señor, Señor, que siempre tengo que ser yo la que ponga las cosas en orden...

*(Sale. Las dos muchachas se miran en silencio y suspiran con resignación. Después, las dos se levantan a un tiempo y avanzan, la una hacia la otra. Mónica entrega a Maty su espejito y esta devuelve a aquella su libro. Mónica se tumba de nuevo en el diván y se entrega otra vez a la lectura con ardiente afán. Y Maty, en su sillón, prosigue encantada acicalándose. Una pausa breve. En la puerta del vestíbulo, asoman Jaime y Pepito)*

JAIME.—¡Chiss! ¡Chiss!

PEPITO.—¡Hola! ¿Se puede?

MATY.—*(Brinca alborozadísima)* ¡Jaime! ¡Pepito! Cuánto tiempo sin verte. Y qué bien estás...

PEPITO.—Te diré. Es que estoy en forma. Me lo ha dicho el entrenador del equipo... *(Y le brinda orgullosamente un bíceps)* Toca, toca.

MATY.—*(Palpa delicadamente. Con mucha admiración)* ¡Qué bruto!

PEPITO.—*(Feliz)* ¿Verdad que sí?

MATY.—Sí, hijo. Ya puedes estar contento...

*(Mónica, que no ha variado de postura en el diván, está mirando el grupo que componen Maty y los muchachos, muy picada. Y casi grita para hacerse notar)*

MÓNICA.—¡Hola!

JAIME.—*(Muy indiferente)* Hola.

PEPITO.—Hola, tú.

JAIME.—*(Encandilado)* ¡Maty! ¿Sabes que estás muy guapa?

MATY.—*(Muy natural)* ¿Tú crees? Pues te advierto que hoy casi no he tenido tiempo de mirarme al espejo... Pero si te gusto a ti...

JAIME.—¡Huy! ¡Que si me gustas!

PEPITO.—¡Toma! Y a mí. A mí también me gustas...

MATY.—(*Encantada*) ¿De verdad, Pepito? ¿Te gusto?

PEPITO.—(*Con embeleso*) Mucho... Estás imponente.

MATY.—¡Ay, Pepito! ¿Por qué te lo tenías tan callado?

PEPITO.—(*Sentimental*) ¡Pche!

*(Y se marcha hacia el fondo, muy ruborizado. Jaime está picadísimo)*

JAIME.—Pero, Maty... ¿Es que también vas a flirtear con Pepito?

MATY.—(*Inocentemente*) ¡Ay, hijo! Perdona. Se me olvidó que estabas tú delante...

JAIME.—(*Indignado*) ¡Maty! ¡Porras!

PEPITO.—Oye, tú... ¿Se lo decimos?

*(Pepito avanza de nuevo hacia el grupo. Él y Jaime se miran y, repentinamente, se ponen muy tristes. Bajan la cabeza. Maty mira al uno y al otro)*

MATY.—¿Qué os sucede?

PEPITO.—(*Un suspiro*) El pobre papá, ¿sabes? Desde que tu tía Lupe le dejó plantado la víspera de la boda, papá ya no es papá...

JAIME.—(*Muy avergonzado*) Papá es un golfo.

MATY.—¡Jaime!

PEPITO.—(*Dolorosamente*) Sí, Maty. ¡Papá está hecho un perdido! No le vemos apenas. Pasa las noches fuera de casa...

JAIME.—(*Francamente preocupado*) ¿Dónde se meterá?

MATY.—¡Dios mío!

PEPITO.—¡Si oyeras qué frescuras nos suelta cuando le llamamos al orden! Tan bien educado como lo teníamos...

JAIME.—(*Muy sabihondo*) Científicamente, el fenómeno tiene un explicación muy sencilla. La profunda revolución psíquica que ha sufrido papá...

PEPITO.—(*Salta indignadísimo*) Oye, tú. No vengas aquí dándotelas de profesor para presumir porque no te aguanto... ¡Ea!

JAIME.—(*Furioso*) ¿Qué tienes tú que decir? Digo lo que me da la gana...

PEPITO.—(*Jaque*) ¡Jaime! No me tientes.

JAIME.—Lo que pasa es que tú no sabes nada de nada. ¡Eso es!

PEPITO.—¡Te digo que no me tientes!

JAIME.—Eres un analfabeto. Lo único que te importa es jugar bien al fútbol y por eso no estudias y te pasas la vida dando carreras por el pasillo de casa para estar bien en forma...

*(Están los dos casi a punto de llegar a las manos. Maty, en medio)*

MATY.—Pero, chicos... ¿Es que vais a reñir?

PEPITO.—Conque analfabeto, ¿eh? Y tú te crees que lo sabes todo. ¡Empollón! ¡Que eres un empollón! ¡Maldita sea mi estampa! Pero, ¿a que no sabes tú esto? ¡Anda! ¿A que no lo haces?

*(Muy decidido y con mucho coraje, empieza a hacer vertiginosas flexiones de piernas y brazos)*

MATY.—*(Admiradísima)* ¡Qué bárbaro!

JAIME.—Sí, sí. *(Muy socarrón)* Pero que diga cuántos habitantes tiene el Brasil. Anda... ¡Que lo diga!

PEPITO.—*(Frenético)* ¡Eso es una provocación!

JAIME.—*(Triunfante)* ¡No lo sabe!

MATY.—¿Lo sabes tú?

JAIME.—¡Claro que lo sé! Según las últimas estadísticas...

PEPITO.—Sí, ¿eh? ¿Y esto? ¿Sabes hacer esto?

*(Y cogiendo carrerilla da un salto morrocotudo y salva limpiamente un sillón)*

MATY.—*(Aplaudiendo)* ¡Bravo! ¡Bravo, Pepito!

JAIME.—Ya, ya. Pero que te diga en qué año nació el general Mac Arthur. Anda, anda...

PEPITO.—*(Derrotado)* ¡Huy! ¡Maldita sea!

JAIME.—¡A ver si lo sabe! Y en qué año se escapó Napoleón de Santa Elena...

PEPITO.—¡Empollón!

JAIME.—Jajá. ¿Y en qué año empezó la guerra del 14?

PEPITO.—*(Nerviosísimo)* ¡El 16!

JAIME.—¡Qué bruto!

MATY.—Pero, Pepito... La guerra del 14 empezó el 18.

JAIME.—*(En un grito)* ¡Maty!

PEPITO.—Eso es... El 18. Es que cuando me pongo nervioso se me olvida todo. *(Rencorosísimo)* ¡Huy! ¡Maldita sea! Empollón, empollón, empollón...

*(Y sale furioso, pero bastante corrido. Jaime, con cierto aire de triunfador, se limpia el sudor, como después de un gran esfuerzo)*

JAIME.—Te advierto, Maty, que la guerra del 14 empezó el 14...

MATY.—¿De veras? *(Con admiración)* Dios mío, qué cosas tan difíciles sabes..

JAIME.—¡Anda! Pues sé muchas más que me callo. *(Modestamente)* Ya sabes que no me gusta darme importancia...

MATY.—¡Jaime! Eres maravilloso...

JAIME.—*(Enamoradísimo)* ¡Je! *(Transición: de pronto)* Caramba, Maty, ¿sabes que eres coqueta de verdad, eh?

MATY.—*(Humildemente)* Perdóname, Jaime.

JAIME.—Le has estado dando unos pases a Pepito que ya, ya. Pues para que lo sepas. ¡Yo soy muy celoso!

MATY.—No me riñas. Yo solo te quiero a ti. Te quiero muchísimo, Jaime. Pero, mira, no lo puedo remediar: cuando veo a otro me entran unas ganas terribles de pincharle para que me diga cosas bonitas. Pero estate tranquilo, hombre. Yo creo que cuando nos casemos me enmendaré un poquito...

JAIME.—*(Atónito)* ¿Cómo un poquito? ¡Caramba, Maty, caramba!

MATY.—¡Ay, hijo! Es que no sé lo que digo...

*(Salen los dos. Un instante antes, a tiempo de oír las últimas frases, en la puerta del fondo ha surgido Lupe. Cuando Maty y Jaime han salido, Mónica se incorpora en el diván, arroja el libro lejos y se vuelve hacia Lupe. Esta ríe de buena gana)*

MÓNICA.—¿Has oído?

LUPE.—*(Riendo)* ¡Sí!

MÓNICA.—Ya veo que te hace mucha gracia. Pues a mí, con franqueza: esta chica me parece una fresca...

LUPE.—Oye, Mónica. ¿Sabes que tú también eres algo salvaje?

MÓNICA.—¿Yo?

LUPE.—Sí, tú... ¿Por qué no aprendes un poco de tu hermana?

MÓNICA.—¿Quién? ¿Yo? *(Indignadísima)* ¿Qué puedo aprender yo de una criatura que cree que la guerra del 14 empezó el 18? Porque no querrás que aprenda todo ese juego que Maty se trae con los hombres...

LUPE.—¿Y por qué no?

MÓNICA.—¡Tía Lupe!

LUPE.—¿Por qué no, si dentro de ese juego está el amor y el amor es toda la vida? Ven aquí, fierecilla. ¡Ay, Mónica, cómo me recuerdas a mí misma cuando yo

tenía tu edad! ¿Es que tú, que sabes tanto, todavía no sabes que una mujer solo vive de verdad cuando vive para ellos? Se llora por ellos, se ríe por ellos. Y se juega con ellos... Todo es por ellos. Antiguamente, en Montalbán se daba todos los años un Premio a la Virtud y no quieras saber cómo se lo disputaban las muchachas. No por el gusto de ser la más virtuosa, ¿comprendes?, sino porque la que se llevaba el Premio siempre sacaba novio. No falló ni un año. Otras, en cambio, saben que su atractivo consiste en ser algo menos virtuosas que las demás. Y así se ve lo que se ve por ahí... No hay quien las sujete. También parece que van a ganar un Premio, pobrecitas...

MÓNICA.—(*Asombradísima*) Pero, tía Lupe... ¿Eres tú la que habla así? ¡Tú!

MATY.—(*Baja los ojos*) ¿Te extraña?

MÓNICA.—Muchísimo. Mira, tía Lupe. (*Bajito*) ¿Es que te has enamorado del organista?

LUPE.—(*Muy bajo también*) Eso dice él...

MÓNICA.—¡Ay, ay, ay! ¡Claro! Ahora me lo explico todo. Pero si no podía resultar otra cosa. Si os pasáis la vida juntos en todos los cafés de Madrid y cenando en todas las tabernas típicas... De manera que te has enamorado del organista. ¡Es fabuloso!

LUPE.—¡Mónica! (*Sonrojadísima*) ¿Es que me vas a hacer llorar?

MÓNICA.—(*De pronto*) ¿Ya te ha besado?

LUPE.—(*Avergonzadísima*) Sí...

MÓNICA.—¿Cuándo?

LUPE.—Anoche.

MÓNICA.—¿Dónde?

LUPE.—En el ascensor...

MÓNICA.—Bueno. Sería un beso fugaz.

LUPE.—(*Un suspiro*) Quia, hija. Son cinco pisos.

MÓNICA.—¡Ah!

LUPE.—Yo creía que no llegábamos nunca. ¿Sabes?

MÓNICA.—¡Qué aprovechado!

LUPE.—¡Oh, no! Si tú supieras... Es tan dulce, tan delicado. (*Con ternura*) ¡Mi pobre vagabundo!

MÓNICA.—(*Prudentemente*) Sospecho que a este no le diste de bofetadas...

LUPE.—No. (*Muy sofocada*) Como fue en el ascensor...

MÓNICA.—Ya, ya... Se comprende. (*Un silencio brevísimo. Con otra voz*) Oye, tía Lupe. Dime, ahora que ya lo sabes. ¿De verdad, el amor es tan maravilloso como dicen?

*(Lupe, que no ha levantado los ojos del suelo, se estremece toda ella en un sollozo)*

LUPE.—¡Mónica!

MÓNICA.—*(Sorprendida)* ¡Tía Lupe! ¿Por qué lloras?

LUPE.—*(Con angustia)* ¡No quiero que tú seas una solterona! ¿Me oyes? ¡No quiero! Tú, no, pequeña. Tú, no. ¡Te lo suplico! El tiempo pasa y no vuelve nunca: es como un delito dejarlo escapar. No pierdas tu tiempo, Mónica. Mira que después es tarde... Vive todos los días, todas las horas de cada día. ¡Busca un novio, Mónica!

MÓNICA.—*(Estupefacta)* ¿Yo? ¿Estás loca?

LUPE.—Y después, cástate. Y ten muchos hijos...

MÓNICA.—¡Ah, no! Yo tengo otro destino. ¡Soy una intelectual! El matrimonio sería un estorbo para mí. Además, los hombres no me importan nada. Yo soy diferente.

LUPE.—*(Casi con violencia)* ¡No mientas! Tú eres como todas... ¡Todas somos iguales! Lo que ocurre es que tú te empeñas en ser de otro modo. Porque, para que te enteres. ¡Tú sí que tienes un complejo!

MÓNICA.—¿Qué estás diciendo?

LUPE.—¿Crees que no me he dado cuenta? Desde que tu hermana y tú erais unas chiquillas, tú estás viendo que tu hermana tiene con los muchachos más éxito que tú. Y, claro, en vez de luchar con sus mismas armas de mujer y con su misma coquetería, como eres muy orgullosa y tienes miedo a perder, te has dado por vencida sin lucha y te has metido en la cabeza eso de que a ti no te importan los hombres. Eso, eso es lo que a ti te pasa. Si eso no es un complejo, hija mía...

*(Mónica, que la ha oído desconcertada, rompe a llorar, llena de vergüenza)*

MÓNICA.—¡Tía Lupe! ¿Por qué me has dicho eso?

LUPE.—¡Chiquilla!

MÓNICA.—¿Por qué? Si no lo sabía nadie... Casi ni yo misma.

*(Lupe la recoge en sus brazos y la acaricia. Mónica solloza suavemente)*

LUPE.—Porque quiero salvarte, ¿sabes? ¿Me oyes, chiquilla? Tú te salvarás. Te lo pide la tía Lupe. ¿Comprendes? Tú no serás una solterona como yo. Tú, no, Mónica; tú, no... Por Dios.

MÓNICA.—Pero, tía Lupe...

LUPE.—(*Acariciándola*) Vive. Diviértete. Aprende a ser coqueta. No estudies tanto. No leas esos libros tan raros. Porque, hija mía, hay que ver qué cosas lees. Ayer entré en tu cuarto y me quedé horrorizada...

MÓNICA.—(*Entre lágrimas*) ¡Pche! Steinbeck, Joyce, Sartre... Lo más corrientito.

LUPE.—¡Qué barbaridad! Con lo ricamente que pasaba yo las veladas en Montalbán leyendo los «Episodios Nacionales»...

MÓNICA.—(*Llorando*) ¡No querrás que me ponga ahora a leer los «Episodios Nacionales»!

LUPE.—No, hija. Ya no te daría tiempo... Hay que empezar desde muy niña. Pero sí quiero que seas una mujer como todas. Péinate de otro modo. Píntate esos labios. Si tú quisieras, Mónica, serías tan atractiva...

MÓNICA.—(*Tímidamente*) ¿Tú crees?

LUPE.—¡Oh! Estoy segura...

MÓNICA.—Pero, eso no es todo. ¿Y después?

LUPE.—Después... ¡lánzate a la conquista del primer muchacho que pase ante tus ojos!

MÓNICA.—¿El primero?

LUPE.—¡Sí!

MÓNICA.—¿Sea el que sea?

LUPE.—¡Sea el que sea!

*(Y, en este justo instante, entra Pepito. Viene encorajinadísimo. Cruza la escena sin detenerse ante las dos mujeres y se sienta en el diván)*

PEPITO.—¡Empollón! Más que empollón...

MÓNICA.—(*Muy bajito: con un susto enorme*) ¿Este...?

LUPE.—(*Muy complacida*) ¿Por qué no?

MÓNICA.—¡Ay, tía Lupe!

PEPITO.—(*Con su tema*) Es un sabelotodo. Eso es lo que es. Ahora se ha puesto a hablar de Virgilio y la tiene embobada. ¡Maldita sea! Un día le voy a dar un tortazo...

MÓNICA.—(*Aterrada*) ¿Ahora mismo?

LUPE.—Ahora. Yo te echaré una manita.

MÓNICA.—¡Ay, tía Lupe! En qué lío me has metido.

LUPE.—¡Vamos!

*(Instintivamente, pero muy nerviosa. Mónica se arregla el peinado y el vestido y da con timidez unos pasos hacia Pepito, que está muy enfurruñado en el diván)*

¡Pepito!

PEPITO.—Hola.

MÓNICA.—*(Se vuelve desconsolada hacia su tía)* ¿Has visto? No le gusto.

LUPE.—Mujer... No te desanimes. Creo que al principio todos dicen que no.

MÓNICA.—¡Ay, Dios mío! *(Y avanza de nuevo. Cariñosísima)* ¡Pepito!

PEPITO.—*(Sin mirarla. Como un rugido)* ¿Qué?

MÓNICA.—¿Sabes...? ¿Sabes que tengo muchísimas ganas de verte jugar al fútbol?

PEPITO.—*(Atónito)* ¿Tú?

MÓNICA.—*(Monísima)* Sí, sí. Yo.

PEPITO.—Anda... Pero, ¿a ti te gusta el fútbol?

MÓNICA.—¡Huy que si me gusta! Más que nada...

PEPITO.—*(Estupefacto)* ¡Arrea!

MÓNICA.—¿Cómo?

PEPITO.—No, nada.

MÓNICA.—*(Con entusiasmo)* ¡«Mens sana in corpore sano»!

PEPITO.—*(Disgustadísimo)* ¿Sabes latín?

MÓNICA.—*(Transición)* ¡No!

LUPE.—*(Al quite)* Nada. No sabe nada. Lo que ocurre es que eso lo dice tanta gente que ya no es latín...

MÓNICA.—¡Eso mismo!

LUPE.—Pero si en el fondo, esta chica es una ignorante...

PEPITO.—*(Ilusionadísimo)* ¿De veras?

MÓNICA.—De veras, Pepito.

PEPITO.—¡Qué suerte!

LUPE.—No sabe nada de nada. Lo que a ella le gusta es el boxeo. Y el baloncesto. Y los patines.

PEPITO.—*(Lleno de admiración)* ¿Los patines también?

MÓNICA.—También, también. Pero sobre todo, el fútbol. A tía Lupe se lo estoy diciendo siempre. ¡Qué bonito!, ¡pero qué bonito es el fútbol! *(Embalada)* Como que ya se sabe: el fútbol solo es para personas muy, muy inteligentes...

LUPE.—*(Con alarma)* Mónica, que te pasas.



PEPITO.—(*Tan feliz. Acercándose a la muchacha*) ¡Chica! Es bárbaro, bárbaro. De manera que te gusta el fútbol. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

MÓNICA.—¡Hombre! Me daba vergüenza... No fueras a creer que te lo decía con otra intención.

PEPITO.—¿Quieres venir a verme jugar el domingo por la mañana?

MÓNICA.—(*Palmoteando*) ¡Ay, qué ilusión!

PEPITO.—(*En su elemento*) Jugamos los de Derecho contra los de Ciencias para el Campeonato Universitario. Y me ha dicho el entrenador que voy a jugar de interior porque lo de medio volante no me va...

MÓNICA.—¿No te va?

PEPITO.—No me va.

MÓNICA.—(*A Lupe. Muy preocupada*) ¿Oyes? No le va.

LUPE.—¿No le va? Vaya por Dios.

PEPITO.—(*Orgulloso*) Mi puesto es de interior. Porque, ahora con lo de la W. M.<sup>5</sup> el interior es el que más brega...

MÓNICA.—(*Interesadísima*) ¿Y tú bregas?

PEPITO.—¡Huy que si brego! (*Entusiasmándose*) De pronto, ihala, para el ataque! De pronto, ihala, para la defensa! ¡Hala! ¡Hala! ¡Hala!

MÓNICA.—(*Sugestionada*) ¡Hala! ¡Hala!

LUPE.—(*También*) ¡Hala!

MÓNICA.—¡Ay, Pepito! ¡Qué brutote eres!

PEPITO.—(*Ufano*) Mucho, mucho.

MÓNICA.—¿Y tú haces todo eso?

PEPITO.—¡Anda! Y más. ¿No ves que estoy tan fuerte? (*Y con su habitual orgullo le brinda el antebrazo*) Toca, toca.

MÓNICA.—(*Toca*) ¡Qué barbaridad!

PEPITO.—¿Verdad que estoy hecho un bestia?

MÓNICA.—Hombre, tanto como un bestia...

LUPE.—Mujer... Cuando él lo dice...

PEPITO.—¡Un bestia! Ni más ni menos. Toca, Lupe. Toca.

LUPE.—A ver, a ver... (*Tocando. Convencidísima*) ¡Mónica! Este chico tiene razón.

PEPITO.—¡Digo! Si lo sabré yo. Ya quisiera ese empollón, maldita sea. (*Transición: se queda mirando a Mónica embelesado*) ¡Mónica!

MÓNICA.—(*Suspensa*) ¿Qué?

PEPITO.—¿Quieres...? ¿Quieres que vayamos juntos a los partidos de Chamartín?

5 W.M.: táctica futbolística famosa durante cierto tiempo.

MÓNICA.—¡Ay, sí! ¡Todos los domingos!

*(Pepito se acerca a ella, la coge de un brazo y, muy juntos y muy entusiasmados, inician la salida)*

PEPITO.—¿Y después quieres que vayamos al cine?

MÓNICA.—¿Al cine? *(Emocionada)* Pero, Pepito. Eso es ir muy de prisa...

PEPITO.—Oye, ¿sabes que estás hecha un bombón?

MÓNICA.—¡Ay, Pepito! Tanto como un bombón...

*(Salen los dos. Queda Lupe sola en escena, que los ve marchar, sonriendo. En seguida, asoma de nuevo Mónica sola)*

MÓNICA.—¡Chiss! ¿He estado bien?

LUPE.—Muy bien.

MÓNICA.—Bueno. Después de todo, es fácil.

LUPE.—Sí, es fácil...

MÓNICA.—*(Sonríe dichosa)* ¿Has oído? Dice que soy un bombón... ¡Qué cosas dicen los hombres!

VOZ DE PEPITO.—*(Dentro)* ¡Mónica!

MÓNICA.—¡Voy! ¿Oyes? Ya me llama.

LUPE.—¡Corre! No le hagas esperar.

*(Mónica se la queda mirando. Impulsivamente corre hacia ella, la rodea el cuello con los brazos y la besa)*

MÓNICA.—¡Gracias.

LUPE.—*(Emocionada)* ¡Chiquilla!

*(Mónica sale corriendo. Lupe, sola, se sienta en el diván. Durante unos instantes piensa, sonríe y se seca suavemente una lágrima. En la puerta aparece Esteban. Se detiene en el umbral. Muy risueño, suavemente, avanza, sin ruido, hasta Lupe. Cuando está a su lado, habla bajo)*

ESTEBAN.—¿En qué piensas?

LUPE.—¡Esteban! Casi me has asustado.

ESTEBAN.—¿En qué piensas?

LUPE.—*(Sonríe)* En Montalbán.

ESTEBAN.—¡Hola! ¿Y qué ocurre ahora en Montalbán?

LUPE.—(*Sonríe*) Nada... Allí nunca ocurre nada. Es una tarde como todas. Dentro de una hora anochecerá. Darán las siete en el reloj de la catedral; se encenderán los farolillos en los soportales de la plaza. Se oirá el toque del Ángelus... Las muchachas, que pasean por la alameda se irán pronto a casa, porque de noche siempre hace frío. Y las calles se quedarán silenciosas y desiertas hasta mañana. (*Sonríe con ternura*) Con los ojos cerrados puedo hacerme la ilusión de que estoy allí todavía. Parece que nunca he salido de allí... (*Transición con un tenue sobresalto*) ¡Esteban! ¿No crees que la felicidad es como una sensación de estar en peligro?

ESTEBAN.—(*Sonriendo*) Puedes preguntártelo a ti misma. Anoche fuiste muy feliz...

LUPE.—¿Anoche?

ESTEBAN.—Sí...

LUPE.—(*Sonrojándose*) ¿Cuándo me besaste?

ESTEBAN.—Sí.

LUPE.—Calla.

ESTEBAN.—(*Después de un silencio*) Te sentí vibrar entre mis brazos como una pobre criatura indefensa... Ese estremecimiento era tu felicidad.

LUPE.—(*Muy bajo*) ¿Así es la felicidad?

ESTEBAN.—Así es el amor. Solo podemos ser verdaderamente dichosos por el amor, por la fe o por la esperanza. Pero en el amor está todo. Porque, cuando se quiere, se cree más en Dios y el alma se llena de esperanzas maravillosas...

LUPE.—¡Cuántas cosas me has enseñado!

ESTEBAN.—Bueno... Yo no te enseñé nada, pobre de mí. Nadie enseña nada. Es que tú lo vas descubriendo todo poco a poco. La vida es un continuo descubrimiento. Mi querida provinciana, mi pobre solitaria, la que conocí hace unos meses, una mañana, oyendo misa junto al altar de san Pablo, con su velo negro sobre los ojos, está descubriendo ahora la incertidumbre del amor... ¿Sabes, Guadalupe? Yo también he perdido mi paz: la paz de mi bohemia y de mi pereza. Mi Montalbán. Ya no soy el despreocupado indolente que vivía tranquilo andando horas y horas por esas calles. Ahora tengo la maravillosa impaciencia de quererte y de que me quieras. Esa es la incertidumbre del amor, Guadalupe. Una angustia que le hace a uno reír y llorar...

LUPE.—¿Tanto me quieres?

ESTEBAN.—(*Casi ruborizado*) ¡Je! Vaya...

LUPE.—¡Esteban!

ESTEBAN.—Di...

LUPE.—Es solo una curiosidad.

ESTEBAN.—Dime.

LUPE.—¿Qué harías tú si no nos volviéramos a ver?

ESTEBAN.—¡Si no nos volviéramos a ver!

LUPE.—Sí...

ESTEBAN.—*(Se calla. Baja la cabeza. Con la voz llena de emoción)* No lo sé. *(Otro silencio)* Seguramente iría todos los días de mi vida a la parroquia, a la misa de nueve, al altar de san Pablo. Y con los ojos cerrados, tanto, tanto pensaría en ti que tú estarías a mi lado...

LUPE.—*(Conmovida)* ¡Qué bueno, Dios mío! ¡Qué bueno eres! Te dije que era solo una broma y, sin embargo, te has conmovido como un chiquillo...

*(Se levanta. Él permanece en el diván. Lupe de unos pasos hacia el fondo. Entra Lolita)*

LOLITA.—Con permiso, señorita Guadalupe... El té está servido.

LUPE.—Gracias, Lolita. *(Sale Lolita)* ¿Quieres tomar una taza de té mientras yo me arreglo un poco?

ESTEBAN.—¡Je! ¿Quieres que entre yo... ahí?

LUPE.—*(Sonríe)* ¿Te asusta?

ESTEBAN.—No, no. Entraré si es tu gusto...

*(Marcha hacia la puerta y, ya a punto de salir, se vuelve hacia ella)*

¡Guadalupe! A mí me abruma un poco todo esto. ¿Sabes?

LUPE.—¿Qué es lo que te abruma?

ESTEBAN.—Esto. *(Mira alrededor y suspira)* Esta casa tan elegante y tan burguesa. Tu hermana, que es terrible. Todo lo que te rodea. Yo soy de otro mundo. ¡Je! A mí lo que me gusta es andar mucho, y perder el tiempo en los cafés... Ya sabes que soy un vagabundo. ¡Je! Si tú quisieras... Me gustaría que pasáramos un día, por lo menos un día, solos, en el campo. Un día entero para nosotros dos. Todo un día cogidos de la mano y andando, andando entre los pinos... Como dos chiquillos. Como dos vagabundos. ¿Quieres?

LUPE.—¿Por qué no? Será un día maravilloso.

ESTEBAN.—¡Soberbio! Hay un tren eléctrico, muy temprano, a las siete... Será como una fuga. Ya verás. ¿Mañana?

LUPE.—¡Mañana!

ESTEBAN.—¡Bravo!

*(Alegrísimo, va hacia ella, la toma por los hombros e intenta darle un beso. Ella, sin moverse, vuelve la cabeza)*

LUPE.—¡No!

ESTEBAN.—*(Desconcertado)* ¡Oh! Perdón...

*(La mira en silencio. Luego, baja la cabeza y marcha despacio hacia la puerta. Antes de salir se detiene un segundo. Sonríe)*

No tardes... Te espero.

*(Sale Esteban. Lupe espera hasta que desaparece. Luego, marcha hacia el fondo y sale. Durante un segundo queda la escena vacía. Y en seguida se oye la voz de Adelaida, que habla con alguien. Aparece Adelaida, seguida de don Joaquín. Es el mismo don Joaquín que conocimos en el primer acto, con su irremediable aire de buenísima persona. Pero ha extremado un poco su elegancia y hasta lleva un clavelito en el ojal)*

ADELAIDA.—¡Adelante! ¡Mi querido Joaquín! ¡Qué sorpresa!

JOAQUÍN.—¡Je! Pasaba por ahí... Me figuré que estarían aquí los chicos y me pareció que tú no me negarías una taza de té.

ADELAIDA.—¡Cómo me alegro de verte! Tengo tantas cosas que contarte.. ¿Sabes que mi hermana Lupe dejó plantado a su novio en la víspera de su boda? *(Muy conmovida)* ¡Aquel pobre señor!

JOAQUÍN.—*(Estupefacto)* Pero Adelaida... Si el novio era yo.

ADELAIDA.—¡Jesús! *(Se da una fuerte palmada en la frente)* ¿Cómo se me habrá olvidado? Pobrecito. Ya decía yo que algo te había ocurrido. Te noto muy desmejorado. ¿Has estado enfermo?

JOAQUÍN.—¡Quia! Es que tengo sueño. *(Un suspiro)* Como ahora no me acuesto...

ADELAIDA.—¿Que no te acuestas? *(Extrañadísima)* Entonces, ¿qué haces por las noches?

JOAQUÍN.—¡Pche! Por ahí... *(Paternalmente. Como si diera su bendición)* ¿No sabes, Adelaida? Estás hablando con un Balarrasa...

ADELAIDA.—¡No!

JOAQUÍN.—Que sí, que sí. Me he hecho amigo de una pandilla de trasnochadores. Son muy salados... Mucho. Pero no se acuestan nunca. Todas las noches, a las nueve, nos reunimos en un bar y, para empezar, armamos un poco de camorra...

ADELAIDA.—¡Jesús! (*Espantada*) Tú, armando camorra. ¡Un hombre tan de derechas!

JOAQUÍN.—(*En secreto*) No te fíes. Todos los de la pandilla son muy de derechas. Y no quieras saber cuando se sueltan. Son terribles. Mis amigos dicen que para ser principiante lo hago bastante bien. La otra noche, en un colmado, me enfadé un poquito y tiré un piano por el balcón...

ADELAIDA.—¡Joaquín!

JOAQUÍN.—¡Pche! Un pronto. También voy todas las noches a una juerga flamenca de esas que organizan los extranjeros para que los españoles conozcamos a fondo nuestra patria... Hija, yo no sabía que eso del cante era tan sentido. Los extranjeros se echan a llorar en seguida.

ADELAIDA.—¡Oh! ¿Y tú también lloras?

JOAQUÍN.—Mujer... Hago lo que puedo. Por patriotismo. Pero al que no soporto es al viejecito.

ADELAIDA.—¿Es que a las juergas flamencas van viejecitos?

JOAQUÍN.—Uno.

ADELAIDA.—¡Será un viejecito corrompido!

JOAQUÍN.—¡Ca! Es un infeliz. Pero se pone muy pesado. Se pasa la noche haciendo palmas y diciendo «¡Arsa!» Y no hay quien le pare. A mí me pone nervioso...

ADELAIDA.—(*Con consternación*) Pero, Dios mío... Joaquín, tú estás hecho un sinvergüenza.

JOAQUÍN.—¡Je! Mira, Adelaida. Yo era demasiado serio. ¿Comprendes? Toda una vida dedicada a mis hijos, a mis negocios. ¿Qué era yo? Un hombre muy aburrido, un infeliz. Aquella tarde tuve la sensación de que Guadalupe me dejaba compuesto y sin novia precisamente por infeliz. Fue el fracaso de mi vida. Y decidí convertirme en otro hombre. Porque la quiero, ¿sabes?, la quiero muchísimo... Y todavía espero.

ADELAIDA.—¿De veras? ¡Pobrecito!

JOAQUÍN.—¡Je! Lo malo es esto del sueño, ¿sabes? Ahora mismo, de buena gana, me echaba una cabezadita.

ADELAIDA.—Pobrecito, pobrecito...

*(Salen los dos. Queda la escena sola. Entra Lupe. Va vestida con el mismo traje oscuro, recatado y provinciano que vestía en el primer acto. Se cubre la cabeza con un velo de tul de los que se usan para ir a la iglesia. Entra de puntillas, comprueba que está sola, se acerca a una puerta y llama)*

LUPE.—¡Chiss! Oye...

*(Aparece Berta, la otra doncella)*

BERTA.—¿Llama la señorita?

LUPE.—Un coche, por favor. Pero, pronto.

BERTA.—*(Extrañada)* ¡Señorita!

LUPE.—*(Impetuosa)* ¡No preguntes! Y date prisa...

BERTA.—Sí, sí, señorita...

*(Sale Berta. Lupe, sola de nuevo. Irrumpe Mónica, roja de rubor y de contento)*

MÓNICA.—¡Tía Lupe! Pepito está muy lanzado y creo que se me va a declarar. ¿Qué hago? *(Transición: se detiene en seco. Con otra voz)* ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Te marchas?

*(Lupe la mira y baja la cabeza)*

LUPE.—Sí...

MÓNICA.—Pero ¿adónde?

LUPE.—*(Suavemente, muy bajo)* A Montalbán.

MÓNICA.—*(Atónita)* ¡Tía Lupe!

LUPE.—Por Dios, Mónica. Ni una protesta, ni una lágrima; que no te oiga nadie. No tendría valor para soportar la despedida. Me voy a Montalbán para siempre, ¿sabes? Para siempre...

MÓNICA.—¡No puedes dejarnos así, tía Lupe! Esto es una huida...

LUPE.—Sí, es una huida.

MÓNICA.—Pero ¿cuándo lo has decidido?

LUPE.—Anoche...

MÓNICA.—¡Anoche!

LUPE.—Mientras Esteban me besaba yo solo tenía un pensamiento: huir, huir lejos... Muy lejos. ¡Calla! No me preguntes. Si esta necesidad de escapar es tan honda que solo puedo comprenderla yo. Fue como si él me besara en Montalbán, en la misma casa donde tantas noches he soñado con un amor de ángeles, con un amor sin besos, porque allí los besos de un hombre son casi un sacrilegio. ¿Entiendes, Mónica? Me vi otra vez asomada a la ventana de mi alcoba, frente al jardín de las monjas. Me pareció que las monjitas ya

no me saludaban riendo, como todos los días. ¿Y sabes por qué, Mónica? Porque anoche, ese beso fue un pecado...

MÓNICA.—Pero, ¿por qué?

LUPE.—Porque no le quiero... *(Otra voz)* Yo quisiera que todo fuera de otro modo, ¿sabes? Pero no puedo. ¡He luchado desde anoche con toda mi alma y no puedo! Ya es demasiado tarde para el amor. Este sí es el complejo que tú buscabas, Mónica. Esta es la venganza del amor. Su castigo. No se puede vivir sin amor toda la juventud. Hay que acudir cuando el amor nos llama. Los niños y las niñas cuando juegan ya están enamorados y no lo saben... No lo olvides. Mónica.

MÓNICA.—No lo olvidaré. Te lo juro. Pero no te vayas. ¡No te vayas!

LUPE.—Vamos, chiquilla. No llores. Harás que lllore yo también... Después de todo, ¿qué ocurre? La tía Lupe, la rebelde, ila pobre rebelde, se vuelve otra vez a su rincón!... Nunca debí salir de allí. Cuando pienso en todas las locuras que he hecho en este tiempo que he pasado con vosotras, me pongo colorada... Oye, Mónica. Mañana, ¿me oyes?, mañana empezaré a leer otra vez los «Episodios Nacionales»...

MÓNICA.—¿Quieres callar?

LUPE.—¡Chiquilla!

*(Aparecen Maty y Jaime. Vienen discutiendo con bastante acaloro)*

MATY.—Ea, te digo que no y no. ¿Es que siempre se va a hacer tu voluntad? Tirano, que eres un tirano.

JAIME.—¿Yo, un tirano? Esto es el colmo.

LUPE.—¿Qué os sucede?

JAIME.—Pues esta chica que es una impaciente. Se empeña en que nos casemos en seguida. Yo digo que vamos a esperar un poquito.

MATY.—*(Indignada)* Pero ¿a qué vamos a esperar?

JAIME.—¡Mujer! Hay que esperar a que yo sea más... más hombre.

MATY.—*(Amoscadísima)* Oye, oye... ¿Es que todavía eres poco?

*(Lupe atrae hacia sí a los dos chicos)*

LUPE.—¡Maty! Me gustaría que Jaime y tú os casarais en Montalbán. En mi casa...

MATY.—*(Asustada)* Pero, ¿es que te vas, tía Lupe?



LUPE.—¡Calla! Yo pondría un altar en el salón y llenaría la casa de flores. Sería una boda tan bonita... ¿Querrás, chiquilla?

MATY.—*(Con lágrimas)* ¡Sí, tía Lupe! Te lo prometo.

LUPE.—Gracias, nena. Cuando tú te vayas, en toda la casa quedará un perfume de novia, de sueños y de buen amor. Eso me hará feliz durante toda mi vida...

*(Mónica y Maty se abrazan a ella)*

MÓNICA.—¡Oh!

MATY.—¡Tía!

JAIME.—Lupe...

*(Aparece Berta)*

BERTA.—El coche, señorita.

LUPE.—Gracias.

*(Sale Berta)*

Bueno... Si no me doy prisa puedo perder el tren.

*(Se separa suavemente de las chicas. Un silencio brevísimo. Clava los ojos en la puerta por donde salió Esteban. Pregunta muy bajo)*

¿Está ahí?

MÓNICA.—*(Asomándose)* Sí.

LUPE.—¿Qué hace?

MÓNICA.—Nada... Habla con mamá. Se ríen.

LUPE.—¡Mi pobre vagabundo! Gracias.

*(Sale, sofocando sus lágrimas. Un silencio fugaz. Maty, muy emocionada, corre tras ella)*

MATY.—¡Tía! ¡Tía Lupe! Espera...

JAIME.—Lupe, Lupe...

*(Salen los dos. Ha quedado en escena, sola, Mónica. Entra Esteban, jovial, risueño)*

ESTEBAN.—¡Lupe! Oye, Lupe... ¿Dónde estás? ¡Lupe! ¡Lupe!

*(Va a salir por la puerta por donde salió Lupe. Pero Mónica se interpone y le corta el paso)*

MÓNICA.—¡No!

ESTEBAN.—*(Deteniéndose sorprendido)* ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

MÓNICA.—¡Déjela! No la siga... Se ha ido.

ESTEBAN.—¿Que se ha ido? *(Absorto)* ¿Adónde?

MÓNICA.—A Montalbán.

ESTEBAN.—¿Qué está usted diciendo?

MÓNICA.—Se ha ido y no volverá nunca...

ESTEBAN.—*(Casi sin voz)* ¡Que no volverá!

*(Se queda inmóvil, mirando a Mónica. Un silencio. Vuelve. Se deja caer en un sillón. Otro silencio)*

¿Dijo algo para mí?

MÓNICA.—Dijo que era usted su pecado. ¡Su único pecado!

ESTEBAN.—¿Eso dijo?

MÓNICA.—Sí...

ESTEBAN.—Entonces, no podrá olvidarme nunca...

TELÓN





COLECCIÓN DE TEATRO  
**VÍCTOR RUIZ IRIARTE**